

IMPRIMIR

ADOLFO

BENJAMIN CONSTANT

TRADUCCIÓN DE MANUEL ABRIL

Editado por
elaleph.com

ã 1999 – Copyright www.elaleph.com
Todos los Derechos Reservados

PREFACIO A LA TERCERA EDICIÓN

He consentido, después de algunas dudas, la reimpresión de esta obrita. Si no hubiese sabido con certeza que intentaban publicar, en Bélgica, una falsa edición, llena, como la mayoría de las que prodigan por Alemania e introducen en Francia los falsificadores belgas, de ediciones y de interpolaciones, por completo ajenas a mí, no me habría ocupado nunca de esta anécdota, escrita sin más propósito que el de convencer a dos o tres amigos, reunidos en el campo, de que podía darse algún interés a una novela que tuviese sólo dos personajes, y cuya situación fuera siempre la misma.

Una vez puesto a este trabajo quise desarrollar algunas otras ideas que se me ocurrieron y que me parecieron no carentes de utilidad. He querido pintar el dolor que cualquier corazón siente, por árido que sea, cuando hace sufrir a otra persona; he querido pintar esa ofuscación que nos lleva a creernos más ligeros o más corrompidos de lo que somos en realidad. Visto desde lejos, el dolor que podemos imponer nos parece vago y confuso, nube fácil de atravesar, nos envalentona, con su aprobación, una sociedad, toda artificiosidad, que suplente los principios con reglas, las emociones con las conveniencias, que aborrece el escándalo por importuno y no por inmoral, toda vez que acoge el vicio con sobrada condescendencia cuando no viene acompañado del escándalo, llegamos a pensar que los lazos formados sin reflexión se romperán sin pena. Pero cuando se ve la angustia que resulta de esos lazos rotos, cuando vemos la sorpresa dolorosa del ser a quien hemos engañado; cuando vemos que su alma, que un momento antes se nos confiaba por entero, se ve forzada, después, a desconfiar de quien ella suponía distinto de todos en el mundo, y acaba teniendo que desconfiar del mundo entero, sin saber a quién dirigir la estimación que ha tenido que volver hacia sí misma, entonces sentimos que hay algo sagrado en el corazón que sufre porque ama, descubrimos que tiene hondas raíces en nosotros el amor que nos figurábamos inspirar

sin compartirle, y, si conseguimos sobreponernos a lo que se da en llamar debilidad, lo hacemos destruyendo, destrozando, sacrificando lo que hay en nosotros de generoso, de fiel, de mejor y más noble. Esta victoria, festejada por los indiferentes y amigos, se gana a costa de malherir la parte mejor del alma propia, de traicionar la simpatía, de abusar de la debilidad, de ultrajar a la moral, tomándola como pretexto para ser más crueles, sobrevivimos al desastre de nuestro buen natural, quedando pervertidos o avergonzados por el éxito triste.

Tal ha sido el cuadro que he querido trazar en Adolfo. Si lo he conseguido, no lo sé; lo único que me hace confiar en que hay en él algún mérito, de verdad, por lo menos, es que casi todos los lectores que he encontrado dicen haberse visto en la situación de mi héroe. Verdad que dejan traslucir, en medio de su arrepentimiento por los dolores causados, cierta fatuidad satisfecha, en el fondo les halaga haberse visto como Adolfo, perseguidos por un afecto tenaz y víctimas del amor inmenso que habían inspirado; me inclino a suponer que la mayor parte de ellos se calumnian y que si su vanidad los dejara tranquilos, su conciencia podría quedarse muy tranquila.

Sea lo que quiera, todo lo que se refiere a Adolfo me es hoy por completo indiferente, no concedo el menor valor a esta novela, y repito que mi única intención al permitir su reimpresión ante un público que probablemente la ha olvidado, si es que, por ventura, la llegó a conocer algún día, se debe simplemente al deseo de declarar que toda edición que contenga alguna cosa no contenida en ésta no procederá de mí y no seré yo el responsable de ella.

Benjamin Constant.

ADVERTENCIA DEL EDITOR

Recorría yo Italia hace bastantes años. Tuve que detenerme a causa de una inundación del Neto en una hostería de Cerenza, pueblecillo de Calabria. En la hostería había un extranjero, detenido allí por la misma causa que yo; era muy callado y parecía triste aunque no se advertía en él la menor impaciencia. Como era el único hombre a quien podía hablar en aquel sitio, a él me dirigí varias veces lamentándome del retraso de nuestro viaje. Me da lo mismo -respondía- estar aquí que estar en otra parte. El hostelero había hablado con un criado napolitano que servía a este extranjero sin saber su nombre, me dijo que no viajaba por curiosidad, pues no visitaba las ruinas ni los alrededores, ni los monumentos ni a los hombres. Leía mucho, pero nunca de manera continuada, se paseaba por las tardes siempre solo y a menudo pasaba días enteros sentado, inmóvil, apoyada la cabeza en las dos manos.

Cuando, restablecidas las comunicaciones, íbamos a reanudar el viaje, el extranjero cayó enfermo; un deber de humanidad me obligó a quedarme a su lado para cuidarle. No había en Cerenza más que un cirujano de pueblo y traté de enviar a Cocenza en busca de socorros más eficaces. -No vale la pena -me dijo el extranjero-; el de aquí es precisamente el que me hace falta. Tenía razón, tal vez más razón de la que sospechaba, pues aquel hombre le curó. -No le creía a usted tan hábil -le dijo con un matiz irónico al despedirle; después me dió a mí las gracias por mis cuidados, y partió.

Varios meses después recibí en Nápoles una carta a el hostelero de Cerenza con una cajita encontrada en el camino que lleva a Strongoli, camino que habíamos seguido, aunque separadamente, el extranjero y yo; el hostelero me la enviaba seguro de que a uno de los dos pertenecía; contenía muchas cartas muy antiguas, sin dirección o con la dirección y la firma borradas, un retrato de mujer y un cuaderno conteniendo la anécdota o la historia que vais a leer. Como el ex-

tranjero propietario de estos efectos no me había dejado cuando se fue ninguna dirección que me permitiera escribirle, las conservé durante diez años sin saber qué hacer de ellos. Un día, habiendo hablado de ello, por casualidad, a unas cuantas personas en una ciudad de Alemania, me rogó una de ellas, con insistencia, que le confiase el manuscrito del cual era yo depositario. Al cabo de ocho días me fue devuelto el manuscrito con una carta que he colocado al final de esta historia porque sería ininteligible si se leyese antes de conocer la historia misma.

Una carta me ha decidido a la publicación actual dándome la certidumbre de que a nadie puede ofender ni comprometer a nadie. No he cambiado en el original ni una sola palabra; incluso las supresiones de nombres propios no provienen de mí. en el original estaban designados, como siguen estándolo, por medio de iniciales.

G. Martínez Sierra.

ADOLFO

I

Acababa de cumplir veintidós años cuando terminé mis estudios en la Universidad de Gotinga.

Mi padre, ministro del elector de... tenía el propósito de hacerme recorrer los países más notables de Europa, para después llevarme al lado suyo y hacerme entrar en el departamento de su dirección, a fin de que llegara a sustituirle algún día.

Gracias a un trabajo tenaz, había conseguido, en medio de una vida bastante disipada, varios éxitos que me distinguieron entre mis compañeros de estudio y que habían hecho concebir a mi padre, acerca de mí, esperanzas probablemente exageradas.

Debido a estas esperanzas, había tenido siempre gran indulgencia para no pocas faltas mías y nunca permitió que sufriese las consecuencias de ellas, accediendo siempre y previniendo a veces mis peticiones a este respecto.

Desgraciadamente, su conducta tenía más nobleza y generosidad que ternura. Estaba yo convencido de que le asistía todo derecho a mi respeto y gratitud; pero jamás pudo existir la menor confianza entre nosotros. Tenía mi padre un algo irónico, que se avenía mal con mi carácter. Propicio, por entonces, a entregarme a esas impresiones juveniles y fogosas que llevan el alma fuera de la esfera vulgar y le inspiran desdén por todos los objetos que la rodean, encontraba en mi padre, no un censor, sino un observador frío y caústico que empezaba sonriendo con piedad, y cortaba pronto la conversación con impaciencia. No recuerdo haber tenido con él jamás, en el transcurso de mis dieciocho primeros años, conversación alguna que durase más de una hora. Sus cartas eran afectuosas, llenas de consejos razonables y sensibles; pero, en cuanto nos encontrábamos en presencia uno de otro, se establecía entre nosotros algo forzado, inexplicable para mí, que me producía un efecto penoso. Ignoraba yo, por entonces, lo que es la

timidez; ese sufrimiento interior que nos persigue hasta la edad más avanzada; que esconde en nuestro corazón las impresiones más profundas; que hiela nuestras palabras; que desnaturaliza en nuestros labios cuanto tratamos de decir, y hace que nos expresemos por medio de vaguedades e ironías más o menos amargas, como si quisiéramos vengarnos en nuestros mismos sentimientos, del dolor que sentimos al no poder comunicarlos. Ignoraba yo que mi padre era tímido, incluso con su hijo, y que, frecuentemente, después de haber estado largo tiempo esperando de mí los testimonios de cariño, que por su frialdad aparente parecía prohibirme, se separaba de mí con los ojos llenos de lágrimas yendo a quejarse a otras personas de que no le quería.

Mi reserva influyó mucho en mi carácter, tan tímido como el suyo, pero más agitado por mas joven; me acostumbré a guardar dentro de mí todo cuanto experimentaba, a formar planes solitarios, a contar sólo conmigo para su ejecución y a considerar los consejos, el interés, la ayuda y hasta la presencia de los demás, como una molestia y un obstáculo. Contraje la costumbre de no hablar nunca de lo que pensaba y de considerar la conversación como necesidad importuna, y adopté en ella un tono de perpetua broma, que me la hacía menos fatigosa y me ayudaba a ocultar mis verdaderos pensamientos. De ahí determinadas faltas de abandono de que, hoy mismo, incluso mis amigos, me inculpan; de ahí la dificultad de hablar seriamente, que sólo puedo vencer a fuerza de trabajo. De ahí también un ardiente deseo de independencia, una irritación impaciente por los lazos que me sujetaban, un temor invencible de adquirir otros nuevos. Había de estar solo para estar a mis anchas; y ahora mismo es tal el efecto de esa disposición de ánimo, que en las circunstancias menos importantes me cohibe la presencia humana, y hasta cuando tengo que elegir entre dos decisiones necesito escapar lejos de todos para poder deliberar tranquilamente. Sin embargo, no era yo tan profundamente egoísta como pudiera suponerse, dado semejante carácter; no me interesaba más que por mí mismo, pero me interesaba muy poco. En lo profundo de mi corazón guardaba, inadvertidamente, un afán de sensibilidad que, no

encontrando satisfacción en parte alguna, me desprendía de todos los objetos, que iban atrayendo mi curiosidad sucesivamente. La idea de la muerte había venido a reforzar esta indiferencia. Es una idea esta que, habiéndome impresionado siendo joven, no he podido nunca comprender cómo a fuerza de aturdimiento pueden olvidarla los hombres tan fácilmente. A los diecisiete años vi morir a una mujer de alguna edad, cuyo espíritu singular y notable comenzó a despertar el mío. Esta mujer había empezado su carrera como otras tantas, lanzándose en el mundo, desconocido para ella, con fuerza de alma y facultades poderosas. Ésta, como otras tantas, incapaz de acomodarse a convencionalismos ficticios, pero necesarios, fue viendo sus esperanzas engañadas y su juventud gastada sin goce. La vejez había llegado sin lograr someterla. Vivía en un castillo cerca de nuestras posesiones, descontenta, retraída, sin más recursos que su espíritu, analizador sempiterno. Durante un año, en conversaciones inacabables, fuimos comentando la vida en todos sus aspectos, y siempre terminábamos hablando de la muerte. Así, hablando tanto de la muerte, vi a la muerte llegar y cerrarle los ojos.

Este acontecimiento me llenó de incertidumbre acerca del destino y me llevó a un estado de vaga contemplación que nunca me abandonaba. Leía preferentemente en los poetas lo que hablan de la brevedad de la vida humana. Nada me parecía digno de esfuerzo. Y es curioso que esta impresión haya ido atenuándose en mí a medida que he ido cargándome de años. ¿Será quizás que hay algo dudoso en la esperanza, y, conforme va desapareciendo de la vida, toma ésta un carácter más severo, pero más positivo?. ¿Será quizás que la vida se va volviendo más real conforme van desapareciendo las ilusiones, lo mismo que en la cima de las rocas aparece más claro el horizonte cuando las nubes se disipan?

Al salir de Gotinga, fui a la ciudad de... En esta población residía un príncipe, que, como la mayor parte de los de Alemania, gobernaba con dulzura un país poco extenso, protegía a los hombres esclarecidos que fijaban allí su residencia, dejaba en libertad todas las opiniones,

pero que, reducido por costumbres ancestrales, a la sociedad de sus cortesanos, estaba rodeado constantemente de hombres insignificantes o mediocres. Fui acogido en esta corte con la curiosidad natural que inspira todo forastero que viene a romper el cerco de la monotonía y la etiqueta.

Durante algunos meses nada noté que pudiera cautivar mi atención. Estaba agradecido a las atenciones que se me ofrecían, pero no me aprovechaba de ellas, tanto por mi timidez, tanto porque las fatigas de una agitación sin objeto me hacían preferir la soledad a los placeres insípidos a que me invitaban. A nadie odiaba, pero pocas personas me interesaban, y la indiferencia ofende a los hombres: la suponen debida a mal querencia o a afectación, porque les parece inconcebible que nadie pueda aburrirse con ellos. Algunas veces trataba de reprimir mi aburrimiento; caía entonces en una taciturnidad honda, y la suponían desprecio. Otras veces, cansado yo mismo de mi silencio, me dejaba llevar por la broma; pero mi espíritu, una vez puesto en movimiento, iba más allá de toda medida. En un sólo día revelaba todas las ridiculeces que había observado durante un mes. Los confidentes de mis súbitas e involuntarias expansiones no me las agradecían sin embargo; y tenían razón, pues hablaba por hablar y no por confianza con ninguno.

Las conversaciones con la mujer que había desarrollado mis ideas antes que nadie me habían hecho adquirir una aversión invencible para cuanto fuera sentencias generales y fórmulas dogmáticas. Cuando veía a la mediocridad disertando satisfechísima acerca de lo incontestable y consagrado en materia de moral, de religión y de conveniencias, de todas esas cosas que, Para ella, suelen estar en la misma línea, me sentía empujado a llevar la contra, no porque opinase lo contrario, sino porque me impacientaba al oír convicciones tan apelmazadas e inmovibles. Desconfiaba por instinto de todas aquellas máximas generales, tan carentes de restricción, tan desprovistas de matices. Los tontos hacen con su moral una masa compacta e indivisible, a fin de que no pueda inmiscuirse en sus acciones y les deje libres

en todos los detalles. Pronto adquirí, debido a esta conducta, reputación de ligereza, de burla y de malignidad. Citaban mis frases amargas como prueba de alma odiosa; mis jovialidades, como atentados contra todo lo respetable. Aquellos a quienes había molestado burlándome de ellos encontraron muy cómodo hacer causa común con los principios que me acusaban de poner en duda; porque, sin querer, les había hecho reír a unos a costa de otros, todos se reunieron contra mí. Cualquiera diría que yo, al poner de manifiesto sus ridiculeces, había traicionado algún secreto confidencial; que, al aparecer ante mis ojos tal cual eran, habían obtenido de mí promesa de silencio; pero yo no tenía conciencia de haber aceptado, ni por asomo, compromiso tan oneroso. Ellos se habían dado el gusto de ser como eran, y yo el gusto de observarlos y describirlos. Lo que llamaban ellos perfidia, me parecía a mí una compensación por demás inocente y legítima en absoluto.

No pretendo aquí justificarme: he renunciado hace ya tiempo a esa costumbre frívola y fácil propia de caracteres inexpertos. Quiero decir tan sólo, y esto por los demás principalmente y no por mí, pues yo, en la actualidad, estoy al abrigo de las gentes, que hace falta tiempo para acostumbrarse a la especie humana tal y como la han ido formando el interés, la afectación, la vanidad y el miedo.

Que la juventud incipiente se asombre al encontrarse con una sociedad ficticia y maleada, es señal de corazón espontáneo más que de espíritu maligno. Pero la sociedad no tiene para qué inquietarse por eso; pesa de tal manera sobre nosotros su influencia, tiene tal poderío, que acaba por irnos modelando con arreglo al tipo general y acabamos sorprendiéndonos de nuestra sorpresa primitiva. Ocurre lo que al entrar en un teatro atestado de gente, que respiramos penosamente en los comienzos, pero acabamos por respirar después a nuestras anchas.

Si algunos se libran de ese destino general encierran en sí mismos su desaprobación secreta; se dan cuenta de que en la mayor parte de las ridiculeces está el germen de los vicios; y ya no se burlan, porque el desprecio reemplaza a la burla, y el desprecio es silencioso.

En la reducida sociedad que me rodeaba fui motivando, pues, una vaga inquietud con mi carácter. Nadie podía citar ninguna acción mía punible, y, en cambio, sí podían citar algunos hechos reveladores de generosidad o desprendimiento; pero insistían, sin embargo, en que yo era inmoral y hombre poco de fiar; epítetos inventados con felicísima habilidad para insinuar lo que se ignora y dejar traslucir lo que se desconoce.

II

Distraído, indiferente, hastiado, no me enteraba apenas de la impresión que producía mi persona, y pasaba el tiempo entre estudios que interrumpía con frecuencia, proyectos que nunca ejecutaba y diversiones que no me interesaban lo más mínimo. Esta era mi situación, cuando una circunstancia, frívola en apariencia, produjo en mí una revolución importante.

Un joven con quien yo andaba bastante unido, llevaba varios meses tratando de agradar a una de las mujeres menos insípidas de la sociedad en que vivía. Yo era el confidente desinteresado de su empresa; al cabo de esfuerzos prolongados consiguió que le amara; y como no me había ocultado sus reveses y penas, se creyó en la obligación de comunicarme también su éxito: nada parecido a sus transportes y al frenesí de su contento.

Al ver aquella dicha lamenté no haber intentado aún algo análogo. Nunca había tenido relaciones femeninas que pudieran halagar mi amor propio, y un nuevo porvenir parecía descubrirse ante mis ojos; en el fondo de mi corazón sentía una necesidad nunca sentida. Había en esto mucha vanidad sin duda alguna; pero no había solamente vanidad, acaso mucha menos de lo que yo mismo creía. Los sentimientos del hombre son confusos y entremezclados; se forman por multitud de pasiones varias, que escapan a la observación, y que la palabra, siempre grosera y demasiado general, puede designar, si acaso, pero de ningún modo definir.

En casa de mi padre había adoptado una doctrina asaz inmoral acerca de las mujeres. Mi padre observaba estrictamente las conveniencias exteriores; pero se permitía, con bastante frecuencia, alusiones livianas sobre las relaciones amorosas: eran para él un entretenimiento, si no permitido, excusable por lo menos. Solamente tomaba en serio el matrimonio. Cualquier hombre joven -tal era su principio-, debía evitar cuidadosamente el cometer una locura, es decir, contraer

compromiso duradero con cualquier persona que no fuese perfectamente igual a él en nacimiento, en fortuna y en ventajas externas; pero no siendo para casarse, todas las mujeres le parecían, sin inconveniente alguno, buenas para tomadas hoy y dejadas mañana; y en una ocasión le había visto sonreír, como asintiendo, a la parodia de tina sentencia conocida: Para ellas no es malo y para nosotros ¡es tan bueno!

No sabe nadie hasta qué punto impresionan en la primera juventud frases de este orden, y hasta qué punto quedan estupefactos los muchachos, cuyas opiniones están todavía en duda y vacilantes, viendo que las reglas de rectitud que les han dado pugnan con estas humoradas aplaudidas por todos. Quedan a sus ojos estas reglas como fórmulas huera que los padres acuerdan repetir para descargo de conciencia, y las humoradas, en cambio, como máximas repletas del verdadero sentido de la vida.

-Quiero ser amado- me decía yo, atormentado por una emoción vaga: y mirando en mi alrededor no encontraba a nadie capaz de inspirarme amor ni nadie que me pareciese susceptible de aceptarlo.

Preguntaba a mi corazón, preguntaba a mis gustos, y no encontraba inclinación de preferencia. Andaba así agitado interiormente cuando conocí al conde P.... hombre de cuarenta años que me invitó a su casa, por ser su familia amiga de la nuestra. ¡Desdichada visita!. Vivía en su casa una polaca amante suya, célebre aún por su hermosura, aunque ya no muy joven. Esta mujer había demostrado en varias ocasiones, a pesar de su situación desventajosa, distinción de carácter. Su familia, bastante ilustre, se había arruinado allá en Polonia a consecuencia de disturbios del país. Proscrito su padre, se refugió en Francia, llevando a su hija consigo; y al morir aquél quedó ésta en absoluta soledad. El conde P... se había enamorado de ella. Ignoro de qué modo hubo de formarse aquella unión establecida ya cuando vi por primera vez a Leonor, y consagrada, por decirlo así, desde hacía bastante tiempo. ¿Es que la fatalidad de su situación o la inexperiencia

de su edad le habían llevado a un camino en pugna con su educación, con sus costumbres, y con la altivez tan acusada en su carácter?

Lo único que sé, como todos, es que estando la fortuna del conde P... casi completamente destruida y su libertad en peligro, Leonor le había dado tales pruebas de abnegación, había rechazado con tal desprecio las ofertas más brillantes y había compartido con él los peligros de la pobreza, con tal celo y hasta con tal contento, que era imposible, aun dentro de la severidad más escrupulosa, no reconocer, en justicia, la pureza de sus motivos y el desinterés de su conducta. Por su actividad, por su valor, por su cordura, por los sacrificios de todo género que soportó sin queja, pudo su amante recobrar parte de sus bienes. Se habían establecido, con el objeto de atender desde allí un pleito que podía restituir al conde P... su opulencia pasada, y pensaban pasar allí unos dos años.

Leonor tenía un espíritu corriente, pero sus ideas eran justas, su expresión siempre sencilla. Se distinguía con frecuencia por la novedad y la elevación de sus sentimientos. Tenía muchos prejuicios, pero todos en pugna con su interés. Concedía extraordinaria importancia a la regularidad de la conducta, precisamente por no haber regularidad en la suya. Era muy religiosa, precisamente porque la religión condenaba con rigor su género de vida. Rechazaba en la conversación, severamente, bromas que hubieran parecido inocentes a otras mujeres, todo porque temía siempre que alguien creyese que su situación le autorizaba las inconveniencias. Por su gusto hubiera recibido únicamente a hombres de alto rango y de costumbres irreprochables; todo porque las mujeres, con quienes temía ser comparada, forman su sociedad, generalmente con elementos muy mezclados, y, resignadas a perder la consideración de sus amigos, procuran, en compensación, divertirse con ellos.

En una palabra; Leonor estaba siempre en lucha con su destino; protestaba, por decirlo así, con todas sus acciones y palabras contra la clase a que pertenecía, sufriendo siempre, porque sentía la realidad más fuerte que ella, y veía que sus esfuerzos no podían cambiar su

situación. Dos hijos que tuvo del conde P... fueron educados con austeridad excesiva. Parecía haber no se qué rebeldía secreta en su cuidado por sus hijos, más apasionado que tierno, y a veces incluso inoportuno. Cuando se hacía delante de ella, y con la mejor intención, algún comentario acerca de lo que crecían los muchachos, de la inteligencia que prometían, de la carrera que habrían de seguir, se la veía palidecer ante, la idea de que un día sería preciso confesarles su origen. Pero bastaba el más mínimo pretexto, una sola hora de ausencia, para que fuese a ellos con ansiedad, y hasta dijérase que con remordimiento, deseosa de darles con sus caricias la dicha que ella misma no encontraba. Esta oposición entre sus sentimientos y el lugar que ocupaba en el mundo le habían producido desigualdad de humor. A veces, abstraída y taciturna; y otras veces hablando con impetuosidad, jamás, ni aun en medio de las conversaciones más generales, podía mantenerse completamente tranquila, en cuanto le atormentaba alguna idea. Pero, por esto mismo había en sus maneras algo fogoso e imprevisto, que la hacía más atrayente de lo que por su natural hubiera sido. La falta de novedad de sus ideas quedaba suplida en ella por la originalidad de su actitud. Se la examinaba con interés, curiosamente, como a una tempestad bella.

Apareció ante mí cuando mi corazón necesitaba amor, y mi vanidad éxito; Leonor me pareció conquista digna. También ella recibía con agrado el trato de un hombre diferente de los que había visto hasta entonces. Su sociedad estaba compuesta de amigos o parientes de su amante, y de sus correspondientes esposas, forzados a recibir a la amante del conde P... por el gran ascendiente de éste. Los maridos carecían de sentimiento, tanto como de ideas. Las mujeres apenas si se diferenciaban de sus maridos por una mediocridad más inquieta y agitada, tal vez debido a que ellas no tenían la tranquilidad de espíritu que se adquiere ocupándose de negocios con regularidad. Mi ligereza jovial, mi conversación, más variada, mezcla singular de melancolía y de contento, de desaliento y de interés, de ironía y de entusiasmo, acabaron por sorprender y cautivar a Leonor.

Hablaba varios idiomas, imperfectamente, es verdad, pero con vivacidad siempre, y, hasta en ocasiones, con gracia. Parecía que sus pensamientos se abrían camino, saltando todos los obstáculos y saliendo de aquella lucha más agradables, más jugosos y más nuevos; pues los idiomas extranjeros rejuvenecen las ideas y las desembarazan de esos giros tan llenos frecuentemente de vulgaridad y afectación. Leíamos juntos los poetas ingleses, nos paseábamos juntos; a veces iba a verla por la mañana y a veces volvía a la tarde, hablando con ella de mil y mil asuntos.

Me propuse observar su carácter y analizar su espíritu con frialdad imparcial; pero cada palabra suya me parecía llena de gracia inexplicable. El deseo de agradar ponía en mi vida un interés nuevo que animaba mi existencia de un modo inusitado. Este efecto, casi mágico, me parecía provenir de su encanto; hubiera gozado más aún sin el compromiso adquirido con tú amor propio. Este amor propio era un intruso entre Leonor y yo. Me creía obligado a marchar, a llegar más rápidamente al fin propuesto, y esto hacía que no me abandonase por completo. Creía no amar a Leonor, y, sin embargo, no hubiera podido resignarme a no agradarla. Me ocupaba de ella sin cesar, formaba mil proyectos; inventaba mil medios de conquista, lleno de esa inexperta fatuidad que da por seguro el éxito porque no ha intentado conseguirlo.

Sin embargo, una timidez invencible me detenía; todas mis conversaciones morían en mis labios o terminaban de una manera completamente distinta a la que yo me había propuesto. Luchaba interiormente, indignado contra mí mismo.

Acabé por buscar un argumento que me sacase honrosamente, de aquella lucha conmigo mismo. Me dije que no debía precipitar las cosas; que Leonor estaba poco preparada para recibir mi declaración, que era preferible esperar. Casi siempre, para vivir en paz interiormente, disfrazamos nuestra impotencia o nuestros fracasos con sistemas y cálculos: con esto queda satisfecha esa parte de nosotros mismos, que es, como si dijéramos, espectadora de la otra.

Esta situación se prolongó: a cada nuevo día, fijaba para el siguiente la fecha inaplazable de la declaración; y el siguiente transcurría igual que la víspera. En cuanto me alejaba de Leonor, mi timidez se evaporaba; recuperaba entonces pleno valor y convicción profunda, pero en cuanto me volvía a encontrar al lado de ella, tornaba a estar turbado y tembloroso. Cualquiera que hubiese podido ver mi corazón cuando ella estaba ausente, me habría tomado por un seductor glacial e impasible; cualquiera que me hubiese visto a su lado, me habría creído un pretendiente novicio, apasionado y tímido. juicios engañosos los dos; no hay unidad completa en el hombre, ni nadie obra jamás con sinceridad plena, ni plena mala fe.

Convencido por estos experimentos reiterados de que no tendría nunca valor para hablarla, decidí escribirla.

Estaba ausente el conde P... Aquella lucha interior librada durante tanto tiempo con mi propio carácter; la impaciencia de pensar que no podría vencerme; la incertidumbre por el éxito de mi tentativa, pusieron en mi carta una agitación muy parecida al amor. Por otra parte, yo, enardecido por mi propio estilo, sentía al escribir la carta un poco de la pasión que había tratado de expresar con la mayor fuerza posible.

Leonor vió en mi carta lo que era natural que viese: el arrebatado pasajero de un hombre, diez años más joven que ella, que abría su corazón a sentimientos para él desconocidos hasta entonces, y más merecedores de piedad que de cólera. Me respondió con bondad; me dió consejos afectuosos; me ofreció amistad sincera; pero me declaró que no podría recibirme hasta el regreso del conde P...

La contestación aquella me trastornó. Mi imaginación, irritada ante el obstáculo, se apoderó de toda mi existencia. El amor, que una hora antes me jactaba yo de estar fingiendo me pareció que, de pronto, se apoderaba de mí con furor. Corrí a casa de Leonor; me dijeron que había salido. Le escribí; supliqué la concesión de una última entrevista; le pinté con rasgos desgarradores mi desesperación; los funestos proyectos que me inspiraba su cruel determinación. En vano espere

respuesta todo el día. Mi sufrimiento inexplicable sólo se atenuaba al repetirme que al día siguiente desafiara todos los peligros hasta ver a Leonor y hablarla. A última hora de la tarde recibí unas palabras suyas; eran dulces. Creí notar en ellas una impresión de lamento y de tristeza; pero persistía en anunciarme su resolución inquebrantable. Me presenté de nuevo en su casa al día siguiente; se había marchado al campo, sin que nadie supiera dónde, ni hubiese manera alguna de mandarle mis cartas.

Estuve mucho tiempo inmóvil a la puerta de su casa sin que se me ocurriese recurso alguno para ir a encontrarla. Mi dolor me asombraba; recordaba los momentos en que me había dicho a mí mismo que emprendía aquella aventura por vanagloria; que era una simple tentativa y que renunciaría a ella sin trabajo. Era inconcebible para mí el dolor violento, indomable, que me desgarraba el corazón. Y así pasé varios días, incapacitado para distraerme y para estudiar, errando sin descanso ante el hotel de Leonor, paseando por todas partes, como si hubiera de encontrármela en cada calle; hasta que un día, en una de estas correrías sin objeto, buenas solamente para calmar mi agitación y mi fatiga, distinguí el carruaje del conde P... que regresaba de su viaje. Se apeó al reconocermelo, y yo, disimulando mi turbación, después de unas cuantas frases banales, le hablé de la partida repentina de Leonor. -Sí -contestó-; una de sus amigas que vive a unas cuantas leguas de aquí ha tenido no sé qué trastorno enojoso, y Leonor ha supuesto que sus consuelos podían serle útiles. Se fue sin consultarme; el sentimiento la domina, y su alma, siempre en actividad, no se encuentra tranquila más que consagrándose a algo; pero voy a escribirle, porque me hace mucha falta y al cabo de unos días estará aquí seguramente.

Mi dolor se apaciguó ante esta garantía, y al fin pude respirar sin pena por primera vez desde que Leonor se había marchado. Tardó en volver, bastante más de lo que el conde P... esperaba; pero yo había reanudado mi vida habitual y ya comenzaban a disiparse mis angustias, cuando, al cabo de un mes, me dió el Conde la noticia de que

Leonor llegaba aquella tarde. El Conde ponía gran empeño en mantener a Leonor en el rango social que por su carácter merecía. De ahí que hubiese invitado a cenar a varias señoras de la familia y a las amigas que habían consentido trato con su amante.

Mis recuerdos renacieron confusamente al principio, luego con viveza. Estaba herido en mi amor propio, indeciso, humillado, al ver que una mujer me había tratado como a un niño. Se me figuraba que, al acercarme, sonreiría, un poco desdeñosa, viendo que había bastado una ausencia corta para calmar la efervescencia de una cabeza juvenil. Mis sentimientos fueron poco a poco despertándose. Aquel mismo día me había levantado pensando en Leonor, y a la hora de haber recibido la noticia de su llegada estaba ya su imagen ante mi vista reinando en mi corazón y llegaba a sentir fiebre sólo por el miedo de no verla.

Permanecí en mi casa todo el día, casi ocultándome; temía que el menor incidente pudiese malograr nuestra entrevista. Nada, sin embargo, más sencillo ni más cierto; pero lo deseaba con tanto ardor que me parecía imposible. La impaciencia me devoraba. a cada momento consultaba el reloj. Tuve que abrir las ventanas para respirar, pues la sangre de mis venas me abrasaba.

Por fin llegó la hora de marchar a casa del Conde. La impaciencia se convirtió de repente en timidez; me vestí lentamente; no sentía prisa por llegar, me espantaba de tal manera la posibilidad de ver mis esperanzas defraudadas, que lo hubiese aplazado todo de buena gana: tan vivo era el dolor que podía causarme el resultado.

Llegué bastante tarde a casa del conde P... Distinguí a Leonor sentada al otro extremo de la habitación. No me atrevía a dar un paso, pareciéndome que todo el mundo fijaba en mí los ojos; fui a ocultarme en un rincón detrás de un grupo de hombres que charlaban. Desde allí contemplé a Leonor, me pareció un poco cambiada, algo más pálida que de costumbre. El Conde me descubrió en la especie de refugio donde me había retirado, y acercándoseme a mí me cogió de la mano y me llevó hasta donde estaba Leonor. -Te presento -le dijo riéndose- a uno de los hombres más sorprendidos por tu viaje. Leonor estaba ha-

blando con una señora sentada al lado suyo. Cuando me vió, se detuvieron las palabras en sus labios, y quedó por un momento tan cortada como yo mismo.

Podían oírnos: dirigí a Leonor preguntas indiferentes. Los dos, en apariencia, habíamos recobrado la calma. Cuando anunciaron que estábamos servidos, ofrecí a Leonor mi brazo, y ella no pudo rehusarlo. -Si no me promete usted -le dije conforme íbamos andando- recibirme en su casa mañana, a las once, me iré ahora mismo, abandonaré mi país, mi familia, a mi padre; romperé con todas mis relaciones, renegaré de todos mis deberes y me iré a cualquier parte para acabar de una vez esta vida que usted se complace en envenenar. -¡Adolfo!.-me respondió, y titubeaba. Hizo un movimiento como para alejarse. No sé lo que mis acciones expresaban, pero jamás he sentido contracción tan violenta. Leonor, que me miraba, tuvo en su rostro una expresión de terror y de afecto. -Le recibiré a usted mañana -dijo- si usted se compromete... No pudo acabar la frase porque nos seguían varias personas. Oprimí su mano con mi brazo y nos sentamos a la mesa.

Hubiera querido sentarme al lado suyo, pero el dueño de la casa lo había dispuesto de otro modo; nuestros sitios estaban casi frente por frente. Comenzó a cenar, ensimismada. Cuando le dirigían la palabra respondía con dulzura, pero pronto volvía a caer en distracción. Una de sus amigas, extrañada de aquel abatimiento silencioso, le preguntó si estaba mala. -Llevo una temporada de no estar bien -contestó ella- y en este momento me siento quebrantada. -Quería producir en el ánimo de Leonor alguna impresión agradable; quería aparecer amable e ingenioso para predisponerla en mi favor y prepararla para la entrevista que me había concedido. Trataba por mil medios de atraer su atención. Llevé la conversación hacia las cuestiones que yo sabía que eran de su agrado; algunos vecinos de mesa se mezclaron en la conversación, y yo, inspirado por la presencia de ella, logré que me escuchara y la vi pronto sonreír: fue tanta mi alegría, mis ojos expresaron tanto agradecimiento que lograron impresionarla sin que lo pudiera disi-

mular. Su tristeza se disipó, su ensimismamiento desapareció, no pudo resistir por más tiempo el encanto secreto que produjo en su alma el verme tan feliz por causa suya. Cuando nos levantamos de la mesa se entendían nuestros corazones como si jamás hubiésemos estado separados. -¿Está usted viendo?. -le dije, ofreciéndole la mano para conducirla al salón- cómo dispone usted de toda mi existencia?. ¿Por qué, entonces, se complace en atormentarla?

III

Pasé la noche sin dormir. No estaba mi ánimo para cálculos ni proyectos; me sentía verdadera-, mente enamorado con la mejor buena fe del mundo. No era la esperanza del éxito lo que me hacía sentirme así: la necesidad de ver a la que amaba, de gozarme en su presencia, me dominaba por completo. Dieron las once; fui; me esperaba. Quiso hablarme, pero yo le pedí que me escuchara. Me senté cerca de ella, pues apenas podía tenerme en pie, y continué en estos términos, obligado a interrumpirme con frecuencia:

-No vengo a pedir indulto; tampoco a retractarme de una declaración que tal vez pueda haberla ofendido: sería inútil. Este amor que usted rechaza es indestructible: el esfuerzo mismo que hago en estos momentos para poder hablar a usted prueba la violencia del sentimiento. Si le he suplicado que me escuche no ha sido para insistir sobre esto; al contrario, ha sido para rogarla que lo olvide, que me reciba como otras veces, que aparte de su memoria este momento de delirio, que no me castigue usted por saber este secreto mío que debería haber guardado en el fondo del alma. Usted conoce bien mi situación, sabe usted bien que mi carácter, que las gentes creen sombrío y raro; que mi corazón, extraño por completo a los intereses del mundo, tan solitario en medio de los hombres, sufre, sin embargo, de verse así, condenado a estar solo.. Su amistad me sostenía y no puedo vivir sin ella, me he acostumbrado a ver a usted; usted ha permitido que nazca y crezca esta costumbre dulce: ¿Qué daño he cometido para perder el único consuelo de esta existencia mía tan sombría y tan triste?. Soy horriblemente desdichado; no tengo valor para soportar tanta desdicha; nada espero, ni pido nada, no quiero nada más que verla, pero si es que he de vivir, tengo que verla. Leonor callaba. -¿Qué teme usted?. -le dije- ¿Qué pido yo?. Lo que concede usted a todos los indiferentes. ¿Es el mundo lo que la inquieta?. Está muy ocupado con sus frivolidades solemnes; no sabrá leer en un corazón como el mío, y yo

seré prudente; ¿cómo no si me va la vida en ello?. Leonor, acceda usted a mis súplicas; para usted será dulce. Usted encontrará cierto encanto en ser amada así, en verme cerca de usted, sólo interesado por usted, existiendo para usted solamente, recibiendo de usted todas las sensaciones de felicidad de que soy capaz todavía; libre, con sólo su presencia, de la desesperación y el sufrimiento.

Seguí mucho tiempo de este modo adelantándome a todas sus objeciones, volviendo de mil modos todos los razonamientos que abogaban en mi favor. ¡Estaba tan sometido, tan resignado!. ¡Pedía tan poco!. ¡Me habría hecho tanto daño si se hubiese negado!

Leonor se conmovió. Me impuso varias condiciones. Consintió en recibirme, pero, de tarde en tarde, entre gente, y bajo compromiso de no hablarla nunca de amor. Prometí lo que quiso, y los dos quedamos contentos; yo, de haber reconquistado el bien que estaba en peligro de perder; Leonor, de haber podido ser sensible y generosa, siendo al mismo tiempo prudente.

Desde el día siguiente aproveché el permiso que me había concedido y continué así los demás días sin que Leonor pensase en la necesidad de que mis visitas fuesen más espaciadas. Antes bien, le pareció naturalísimo verme a diario. Diez años de fidelidad habían dado al conde P... una confianza absoluta, y dejaba a Leonor en libertad ¡limitada. Como la opinión había tratado de excluir a su amante del mundo en que él estaba destinado a vivir, el, Conde había tenido que imponerse, luchando contra la opinión, y veía con gusto que la sociedad de Leonor fuese en aumento, porque ello equivalía a un triunfo personal.

Cuando llegaba yo, se animaba la mirada de Leonor con expresión placentera; cuando la conversación le divertía, se volvían sus ojos hacia mí instintivamente; no contaban nada interesante sin que me llamase en seguida para que lo escuchara. Pero jamás estaba sola; pasaba veladas enteras sin que pudiese decirle más que frases insignificantes e interrumpidas. No tardé en irritarme de tanta restricción, y me volví sombrío, taciturno, de humor cambiante y trato amargo.

Apenas podía contenerme cuando algún extraño conversaba aparte con Leonor, y siempre en estos casos interrumpía la conversación bruscamente, sin que me detuviera el riesgo de ofenderla, ni el temor de comprometerla. Leonor me me quejó de aquel cambio. ¿Qué quiere usted?. -le repliqué impaciente. -Se figura usted, sin duda, que hace mucho por mí; tengo que decirle que se engaña. No puedo comprender su nueva vida. Antes vivía usted retirada, huyendo de esta sociedad fatigosa, evitando estas conversaciones eternas, que se prolongan, precisamente porque no debían comenzar nunca. Hoy, en cambio, ha abierto usted la puerta al mundo entero; cualquiera diría que al rogarle a usted que me recibiese había conseguido para todos el mismo favor que para mí. No creí nunca -lo confieso- que siendo usted otras veces tan prudente, pudiese llegar a ser tan frívola.

Vi en las facciones de Leonor una expresión de descontento y de lástima. Leonor querida -dije dulcificándome en el acto-. ¿No merezco alguna distinción entre los mil importunos que la asedian?. ¿No tiene secretos la amistad?. ¿No se vuelve tímida y sombría cuando se ve entre gentes y barullo?

Leonor temía que, al mostrarse inflexible, pudiese volver yo a las imprudencias que tanto le alarmaban, lo mismo por ella que por mí. Como la idea de romper conmigo estaba lejos de su ánimo, consintió en recibirme a solas alguna que otra vez.

Rápidamente se modificaron entonces las reglas severas que me había impuesto. Me permitió hablarle de mi amor; se familiarizó poco a poco con aquel lenguaje, y pronto me confesó que me quería.

Pasaba horas enteras a sus pies proclamándome el más dichoso de los hombres, prodigándole mil promesas de ternura, de adhesión y de respeto. Me contó cuánto había sufrido al querer alejarse de mí; cuántas veces había esperado que la descubriría a pesar de sus disimulos; cómo el menor rumor que llegaba a sus oídos le parecía que anunciaba mi llegada; me contó que al volverme a ver había sentido turbación, gozo y miedo; que desconfiando de sí misma y temiendo no conciliar la inclinación de su alma y su prudencia, se había entregado

a las distracciones mundanas y había buscado por eso la sociedad que antes rehuía. Yo le hacía repetir los menores detalles, y esto, con ser la historia de unas cuantas semanas nada más, nos parecía, sin embargo, la de una vida entera. El amor, como por magia, bastaba para suplir la falta de recuerdos. Todos los demás afectos necesitan del pasado; el amor, como por ensalmo, nos rodea de un pasado soñado por él mismo. Nos trae, como si dijéramos, la ilusión de haber vivido muchos años con un ser que ayer nos era extraño o poco menos. El amor no es más que un punto luminoso, y parece, sin embargo, que llena el tiempo todo.

Poco duró esta calma, sin embargo. Cuanto más recordaba sus faltas, más se ponía en guardia contra su propia debilidad; y mi imaginación, mis deseos, una fatuidad de la que no me percataba por entonces, se rebelaban contra un amor así. Siempre sombrío, con frecuencia irritado, me quejaba me enfurecía, abrumaba a Leonor, reconviéndola.

Más, de una vez trató de cortar unas relaciones que sólo le servían de perturbación y de inquietud; otras tantas la apacigué con mis súplicas, mis juramentos y mis lágrimas.

Leonor, le escribí un día, no sabes lo que sufro. Cerca de ti, lejos de ti, siempre soy desgraciado. Cuando las horas nos separan, vago al acaso, como cargado por el peso de una existencia insoportable; me importuna la sociedad, la soledad me abruma. Esos indiferentes que me observan, que ignoran mi obsesión, que me miran con curiosidad sin interés, con asombro, sin piedad; esos hombres que me hablan de cualquier cosa y no de ti, me producen tormentos de muerte. Huyo de ellos, pero sólo en vano trato de respirar el aire para aliviar la opresión de mi pecho; me precipito contra la tierra, esa tierra que debería abrirse y apoderarse de mí para siempre; descanso la cabeza sobre la piedra fría que debería calmar mi fiebre ardiente; subo a ese montecillo desde donde veo tu casa y permanezco allí, los ojos fijos en el sitio donde no he de vivir nunca a tu lado. ¡Pensar, que si te hubiese encontrado antes, hubieras podido ser para mí, que habría podido. estre-

char entre mis brazos la única criatura que ha formado la naturaleza para mi corazón, para este corazón que ha sufrido tanto porque te buscaba y que te ha encontrado tarde!. Cuando por fin pasan las horas de delirio, cuando el momento de verte va llegando, vengo hacia tu casa tembloroso. Temo que las personas que encuentro en el camino descubran lo que siento; me paro, ando más despacio; voy retardando el momento de la felicidad, de esa felicidad por todo amenazada y que estoy creyendo perder a cada paso: felicidad imperfecta y agitada contra la cual conspiran a cada instante los acontecimientos funestos, las miradas celosas, los caprichos tiránicos y hasta tu misma voluntad. Cuando piso el umbral de tu puerta y la entreabro, nuevo terror me sobrecoge: avanzo como un delincuente pidiendo gracia a todos los objetos que me encuentro, como si fueran enemigos, como si todos me envidiasen la dicha, la hora de dicha que me espera. El menor ruido me aterra; el menor movimiento me espanta-, el sonido mismo de mis pasos me hace retroceder. Casi estoy a tu lado, y temo todavía que venga algún obstáculo a interponerse entre nosotros. Te veo al fin, te veo, respiro, te contemplo y me detengo como el prófugo que pisa el suelo protector que ha de salvarle de la muerte. Pero entonces, cuando todo yo voy hacia tu ser, cuando necesito descansar de tantas angustias, apoyar mi cabeza en tus rodillas, dejar que corran mis lágrimas, entonces es preciso contenerse. Hasta cuando estoy a tu lado, tengo que vivir una vida de esfuerzo y de violencia: Ni un instante siquiera de expansión; ¡ni un solo momento de abandono!. Me observan tus miradas. Te sientes cohibida, casi ofendida por mi turbación. Algo forzado, inexplicable, sigue a las horas deliciosas en que, por lo menos, me confiesas tu amor. Huyen las horas, te reclaman nuevos deberes que tú no olvidas nunca; nunca retardas el momento de alejarme de ti. Vienen extraños: Y entonces Ya no puedo ni mirarte: comprendo que necesito huir si quiero escapar a las sospechas que me rodean. Te dejo, más agita. do, más desgarrado, más enloquecido que antes; te dejo y caigo en la soledad aterradora en que me agito sin encontrar un solo ser que me sostenga y en quien reposar un momento.

Leonor no había sido amada jamás de esta manera. El conde P... había sentido por ella afecto grande y sincero, agradecimiento profundo por su adhesión, y respeto a su carácter, pero tenían siempre sus maneras un matiz de superioridad para con la mujer que se había entregado públicamente sin exigirle desposorios.

Según la opinión corriente podía haber contraído lazos más honorables: nadie se lo decía, tampoco él se lo decía a sí mismo, probablemente; pero lo que no se dice, no por callarse deja de existir, y todo lo que es se adivina. Leonor no había tenido hasta entonces la menor noción de un sentimiento apasionado hasta el extremo de entregar una existencia a su existencia, y yo le estaba dando pruebas indudables de ese sentimiento, incluso con mis furias, mis injusticias y mis reconvencciones. Su resistencia había exaltado todas mis sensaciones y todas mis ideas: tenía arrebatos que llegaban a asustarla, sumisiones, ternezas, veneraciones idolátricas. La consideraba como criatura celeste. Mi amor se convertía en culto, y esto era para ella tanto más encantador, cuanto que temía siempre la humillación en sentido contrario. Se dió, por fin, entera.

¡Ay del hombre que, al dar los primeros pasos de una unión amorosa, no crea que esta unión habrá de ser eterna!. ¡Ay de aquel que en los brazos de la amante que acaba de obtener conserve una prescencia, funesta y prevea la posible evasión!. Mujer que su corazón arrastre, deberá tener desde ese momento algo de conmovedor y sagrado. El placer, la naturaleza, los sentidos, no son los corruptores: lo son los cálculos a que nos acostumbra la sociedad y las reflexiones que suscita la experiencia. Yo amaba, yo respetaba a Leonor mil veces más después de haberseme entregado. Pasaba con orgullo entre los hombres; los miraba como dominador. Sólo respirar era un goce. Iba a la Naturaleza para darle gracias por el bien inesperado, por el inmenso bien que se había dignado concederme.

IV

Encanto del amor, ¿quién podrá pintarte?. Ese convencimiento de que hemos encontrado el ser que la Naturaleza nos reservaba, esa luz súbita que ilumina nuestra vida y que nos parece aclarar su misterio, ese valor desconocido con que se enriquecen las circunstancias más nimias, esa horas leves en que el recuerdo no distingue accidente, tal es su unánime suavidad, y que sólo dejan en el alma una huella de dicha; ese contento loco que a veces se mezcla porque sí al enternecimiento habitual; gozo en la presencia y, en la ausencia, esperanza; despreocupación por todos los cuidados vulgares, superioridad sobre todo, seguridad de que la nunca podrá llegar nadie hasta donde nosotros vivimos; esa mutua inteligencia que adivina cada pensamiento y que responde a cada emoción, encanto del amor, quien te experimentó no sabe describirte.

El conde P... se ausentó seis semanas, obligado por negocios apremiantes, y yo pasé con Leonor todo ese tiempo; su adhesión parecía haber aumentado al sacrificárseme. Nunca me dejaba marchar, intentando retenerme siempre que salía; inquiriendo, con precisión inquieta, el momento de mi regreso, incapaz de resistir, lejos de mí, dos horas seguidas. Todo aquello era para mí alegría, agradecimiento, felicidad. Pero sin embargo los intereses de la vida común no se doblegan con arbitraria facilidad a todos nuestros deseos; a veces me molestaba el que todos mis pasos estuviesen marcados de antemano, y todos mis momentos contados de aquel modo que me obligaba a romper con casi todas mis relaciones. Cuando mis conocidos me invitaban no sabía qué responder puesto que no tenía nunca motivo confesable para rehusar la invitación. No es que yo sintiese, cuando estaba con Leonor, nostalgia de aquellos placeres de la vida social que jamás me habían interesado grandemente, pero hubiese deseado renunciar a ellos por mí mismo; hubiera sido más dulce para mí volver a, su lado por espontánea voluntad, sin tener que estar pensando que era ya la

hora, que me esperaba con ansiedad, y sin que la idea de su pena tuviese que mezclarse a la dicha de reunirme con ella. Leonor era, sin duda, un vivo placer en mi existencia, pero no -un fin, y se iba convirtiendo en un lazo.

Yo, además, temía comprometerla; mi presencia continua debía sorprender a sus criados, a sus hijos, y temblaba ante la idea de trastornar su vida. Nosotros no podríamos nunca unimos para siempre y era por tanto para mí deber sagrado respetar su reposo. Pensando en todo esto la recomendaba prudencia, pero cuanto más le aconsejaba, menos quería escucharme. Yo también, por mi parte, sentía miedo de afligirla, y en cuanto veía el dolor en su cara, mi voluntad se hacía suya y no quedaba tranquilo hasta verla contenta. Insistía en la necesidad de alejarme de allí por algunos momentos, y, cuando había conseguido separarme, el recuerdo de su pesar me seguía por todas partes; un remordimiento febril, irresistible, crecía por momentos, y volvía en su busca, gozoso con la idea de consolarla. Pero conforme iba acercándome a su casa, iba apareciendo entre los demás sentimientos uno de protesta contra aquel dominio extraño. Leonor misma era, por su parte, violenta. Sentía por mí lo que no había sentido por nadie, estoy seguro. En sus relaciones con el Conde su corazón se encontraba ofendido por una dependencia penosa; conmigo, en cambio, gozaba de perfecta naturalidad, porque estábamos en perfecta igualdad de condiciones. Su amor por mí, puro de todo cálculo y de todo interés, la había dignificado a sus propios ojos, segura de que me amaba por mi mismo. Pero este abandono daba por resultado el que no disimulase la menor impresión, y así, cuando entraba yo en su cuarto, algo irritado por volver más pronto de lo que hubiera deseado, la encontraba triste o dolida. Había yo sufrido dos horas lejos de ella, pensando que ella estaba sufriendo lejos de mí: ahora tenía que sufrir otras dos a su lado antes de lograr calmarla. No obstante, yo no era desgraciado, sentía dulzura de ser querido, aunque fuese con exigencias; estaba persuadido del bien que le hacía, su dicha me era necesaria y me constaba que ella también me necesitaba para la suya.

Mis arrebatos de fatiga o de impaciencia se calmaban pronto ante la idea, un poco vaga, de que aquel lazo entre ella y yo no podía ser duradero. El compromiso de Leonor con el conde P..., la desproporción de nuestras edades, la diferencia de nuestras situaciones, mi partida, retrasada ya en diversas ocasiones, pero más inminente cada día, todas estas consideraciones me llevaban a dar y a recibir la mayor felicidad posible: seguro de tener a mi disposición años enteros, no escatimaba días.

El conde P... volvió; poco tardó en sospechar mis relaciones con Leonor, y cada día fue recibíendome con aire más glacial y más sombrío. Hablé a Leonor de los peligros que corría, le supliqué que me permitiese interrumpir por algunos días mis visitas, en atención al interés de su reputación, de su fortuna, de sus hijos. Me escuchó largo tiempo en silencio, pálida como la muerte, y me contestó al fin: -Te irás de todos modos; no adelantemos el momento, ni te preocupes más por mí. Ganemos días, ganemos horas: es cuanto necesito, días, horas. No sé que presentimiento me dice, Adolfo, que moriré en tus brazos.

Seguí, pues, viviendo como antes, pero yo estaba siempre inquieto, Leonor siempre triste y el conde P... taciturno y desconfiado. Por fin llegó la carta que esperaba: mi padre me llamaba a su lado. Llevé a Leonor la carta. -¡Ya!.-me dijo al leerla-, no creí que fuera tan pronto. Después, deshaciéndose en lágrimas, me cogió la mano y me dijo: -Adolfo, no puedo vivir sin ti, ya lo ves, no sé lo que puede sucederme mañana, pero no te vayas todavía, te lo ruego: busca algún pretexto para quedarte, pide a tu padre seis meses más de tregua; me parece que no es tanto. -Quise combatir su resolución, pero lloraba tan amargamente, temblaba de tal modo?. tenía su expresión un sentimiento tan desgarrador que no pude resistirla: me eché a sus pies, la estreché en mis brazos, le aseguré mi amor, y salí de allí con la decisión de escribir a mi padre. Le escribí en efecto, impresionado por el sufrimiento de Leonor. Alegué mil causas de retraso, hice resaltar la conveniencia de continuar en D... algunos cursos que no había podido

seguir en Gotinga; cuando eché la carta al correo, deseaba de todo corazón el logro del permiso que pedía.

Volví por la tarde a casa de Leonor: ella, sentada en un sofá, el conde P... cerca de la chimenea, bastante lejos de ella; los dos niños al fondo de la habitación, sin jugar y con la expresión de estupor, que aparece en las caras de los niños cuando advierten alrededor alguna agitación cuya causa no comprenden. Participé a Leonor con un gesto lo que deseaba y un rayo de alegría brilló en sus ojos, pero no tardó en desaparecer. Nada nos decíamos; el silencio se hizo violento para los tres. -Me han asegurado, señor -me dijo al fin el conde-, que está usted en vísperas de viaje. Yo le respondí que lo ignoraba. -Me parece a mí que a su edad no debe retardarse el momento de seguir una carrera, -y añadió mirando a Leonor: -Puede que aquí no todos piensen lo mismo.

No tardó la respuesta de mi padre. Temblaba al abrir la carta, pensando en el dolor de Leonor si me negaba el consentimiento. Me parecía que yo también iba a participar de ese dolor; pero al ver que me lo otorgaba, se me presentaron de golpe todos los inconvenientes del retraso. -Seis meses más, cohibido -pensé-; seis meses de seguir ofendiendo a un hombre que me ha dado pruebas de amistad; de exponer a la mujer que amo, de poner en peligro la única situación en que puede vivir considerada y tranquila; seis meses de engañar a mi padre, y ¿por qué...?. Por no arrostrar un momento de dolor que tarde o temprano es inevitable. ¿No estamos sintiendo poco a poco y gota a gota este dolor todos los días?. No hago, más que daño; mi sentimiento, tal cual es, no puede satisfacerla. Me sacrifico por ella sin provecho para su felicidad, y paso mi vida sin provecho, sin independencia, sin un momento libre y sin poder respirar en paz ni una hora. Reflexionaba todo esto cuando entré en casa de Leonor. Estaba sola. -Me quedo aún seis meses, le dije -con qué sequedad me das la noticia, contestó. -Es que temo mucho las consecuencias de este retraso, para uno y para otro. -Para ti por lo menos deben ser bien desagradables. -Sobradamente sabes, Leonor, que de mí no me ocupo nunca. -Tampoco te ocupas mucho de los demás. -La conversación tomaba un

giro tormentoso. Leonor se sintió herida al oír que yo me lamentaba, cuando a juicio -suyo debía compartir su alegría; yo también estaba molesto viendo que su voluntad triunfaba contra mis resoluciones interiores. La escena fue violenta. Estallamos en reproches recíprocos; Leonor me acusó de haberla engañado, de no sentir por ella más que una afición pasajera, de haberla hecho perder la estimación del Conde, de haberla colocado entre las gentes en la situación equívoca que toda su vida había tratado de evitar. Yo me irrité al ver que volvía contra mí todo cuanto había hecho por obedecerla y no afligirla. Me quejé de mi sujeción, de mi juventud consumida en la inactividad, del despotismo que ejercía sobre todos mis actos. Cuando hablé así vi que su rostro se cubría repentinamente de lágrimas; me detuve, renequé de mis palabras, me disculpé. Nos abrazamos por fin; pero el primer golpe estaba dado, la primera línea franqueada. Ambos habíamos pronunciado frases imborrables; podríamos callar, pero nunca olvidarlas. Hay cosas que se callan tiempo y tiempo, pero que una vez dichas no se cesa jamás de repetir las.

Vivimos así cuatro meses en relaciones forzadas, -dulces algunas veces, pero nunca completamente libres, encontrando a veces placer, pero no encanto. Sin embargo, Leonor no se desprendía de mí; a continuación de nuestras más vivas querellas, se mostraba tan insistente en volverme a ver y fijaba tan cuidadosamente la hora de nuestra entrevista futura, como si nuestra unión hubiese sido pacífica y suave como nunca. He llegado a pensar muchas veces que mi conducta con Leonor contribuía a mantenerla en aquella disposición. Si yo la hubiera querido como ella a mí, habría permanecido más tranquila y habría reflexionado más en los peligros que desafiaba. Pero aborrecía la prudencia porque venía de mí; no se paraba a calcular sus sacrificios, preocupada en conseguir que yo los aceptara; no podía dedicarse a refrenar su pasión, porque consagraba todo su tiempo y todos sus esfuerzos a mantener viva la mía. La época de mi nueva partida se aproximaba. Pensaba en ella con una mezcla de placer y de nostalgia:

era como el hombre que espera una salvación segura a costa de una operación dolorosa.

Una mañana me escribió Leonor diciéndome que pasara por su casa inmediatamente. "El conde -me decía- me prohíbe que vuelva a recibirte; no quiero obedecer de ningún modo a esta orden tiránica; he seguido a este hombre en el destierro, le he salvado su fortuna, le he servido en todos sus intereses. Él puede pasarse sin mí ahora, yo sin ti, no."

-Puede suponerse fácilmente hasta qué punto me esforzaría yo para que desistiese de un proyecto que me parecía inconcebible. Le hablé de la opinión pública. -Esa opinión -me contestó- nunca ha sido justa conmigo. Durante diez años he cumplido todos mis deberes mejor que cualquier mujer, y no por eso ha dejado la opinión de negarme el rango merecido. Le recordé sus hijos. -Mis hijos son también del conde P ... ; los ha reconocido: los cuidará. Sobrada suerte tendrán con olvidarse de una madre que sólo puede avergonzarles. Redoblé mis súplicas, y ella entonces, cogiéndome el brazo con una violencia que me estremeció: -Escúchame -me dijo-, ¿si rompo con el Conde te negarás a verme?. ¿Te negarás?. -Eso no -le respondí-; cuanto más desgraciada seas más estaré a tú lado, pero piensa... -Todo está pensado interrumpió-; ahora vete, está para Regar; no vengas más por esta casa.

Pasé el resto del día en una angustia inexplicable. Dos días pasaron sin que oyese hablar de Leonor. Sufría no sabiendo nada de su suerte, sufría incluso de no verla, sorprendido yo mismo de que aquella privación me apesadumbrara hasta tal punto. Sin embargo, deseaba que hubiese renunciado a resolución tan peligrosa para ella, y ya comenzaba a contentarme, dando por supuesta la renuncia, cuando una mujer me trajo una carta en la que Leonor me rogaba fuese a verla a tal calle, tal casa, tercer piso. Corrí confiado en que habría querido verme una vez más, imposibilitada de recibir en casa del conde P... La encontré preparándose a una residencia estable; vino a mí entre contenta y tímida, tratando de leer en mis ojos la impresión de sus

palabras. -Rompí con todo dijo-, soy completamente libre. Tengo setenta y cinco luises de renta de mi fortuna particular, para mí con eso me basta. Tú estarás aquí seis semanas todavía; cuando te vayas, tal vez pueda acercarme a ti o puedas tú venir para verme. Y, como temiéndome mi respuesta, entró seguidamente en una porción de detalles relativos a sus proyectos. Trató de convencerme de que sería dichosa, de que no había sacrificado nada, de que la decisión que había tomado le convenía, aparte de mí. Todo aquello le costaba gran esfuerzo; y se veía bien que no creía en lo que estaba diciendo más que a medias. Se aturdía con sus propias palabras por temor de oír las mías; se apresuraba a prolongar su relato para retardar el momento en que mis objeciones la hundieran en desesperación. No encontré valor en mi corazón para oponerle nada. Acepté su sacrificio y se lo agradecí; le dije que era feliz; le dije más aún: le aseguré que siempre, había deseado que una determinación irreparable me impusiera el deber de no dejarla nunca. Díjele que mis indecisiones se debían a un sentimiento de delicadeza que me impedía consentir todo aquello que pudiera trastornar su situación. En una palabra, me propuse, por cuantos medios tuve, alejar de ella toda pena, todo temor, todo arrepentimiento, toda incertidumbre. Mientras le hablaba no veía cosa alguna fuera de este propósito, y eran sinceras mis promesas.

V

La separación de Leonor y el Conde P... produjo en el público el efecto que era de suponer. Leonor perdió en un momento el fruto de diez años de adhesión y de constancia, quedando confundida con todas las mujeres de su clase que se abandonan sin escrúpulos a mil inclinaciones sucesivas. El abandono de sus hijos la hizo aparecer como una madre desnaturalizada y las mujeres de reputación irreprochable repitieron, satisfechas que el olvido de la más esencial de las virtudes de su sexo, se propaga pronto a las restantes. La compadecieron también al mismo tiempo para no perder así la satisfacción de anatematizarme; juzgaron mi conducta como la de un seductor, como la de un ingrato, que ha violado la hospitalidad y ha sacrificado, para satisfacer una fantasía momentánea, el reposo de dos personas, con las cuales estaba en el deber de respetar a una, de no perjudicar a la otra. Algunos amigos de mi padre me dirigieron serias amonestaciones; otros, no pudiendo permitirse tal libertad, hicieron sentir su desaprobación por medio de insinuaciones indirectas. Los jóvenes, por el contrario, se mostraron encantados de mi destreza para haber suplantado al Conde y me felicitaron por mi conquista, prometiendo imitarme y recurriendo a mil bromas que en vano procuraba reprimir. No es para dicho lo que padecí, tanto por aquellas censuras severas como por aquellos elogios vergonzosos. Tengo la seguridad de que, si hubiera estado enamorado de Leonor, habría conseguido que la opinión se volviese a favor nuestro. Puede tanto un sentimiento verdadero, que cuando habla, hace callar las interpretaciones falsas y los convencionalismos artificiosos. Pero yo era un hombre débil, dominado; no me sostenía ningún impulso que partiera del corazón. Me expresaba torpemente: procuraba cambiar de conversación, y cuando no lo conseguía, la cortaba por medio de frases ásperas que indicaban a los demás mi propósito pendenciero. Y es que, en efecto, prefería cien veces batirme a responderles.

Leonor no tardó en advertir que la opinión se levantaba en contra suya. Dos parientas de P ... que, forzadas por el ascendiente de éste, se habían visto obligadas a tratarla, hicieron lo más ruidosa posible su ruptura, felices de dar al abrigo de los principios austeros de la moral rienda suelta a su mal querencia, durante tanto tiempo contenida. Los hombres continuaron viendo a Leonor, pero introdujeron en su tono cierta familiaridad delatora de que ya no estaba para ellos ni apoyada por poderoso protector ni justificada por una unión, casi consagrada. Unos venían a su casa por haberla conocido de siempre, según decían; otros porque aún era bella y su reciente ligereza les había vuelto a permitir pretensiones, que no trataban de disimular. Todos exponían el motivo de continuar su trato con ella, lo cual quería decir que todos pensaban que este trato estaba necesitado de disculpa. De este modo la desventurada Leonor se vió caída para siempre en la situación que había tratado de evitar toda su vida. Todo contribuía a herir su alma y a mortificar su altivez; tomaba el abandono de los unos cómo prueba de desprecio, la asiduidad de los otros como indicio de determinadas esperanzas insultantes. La hacía sufrir la soledad y la sociedad la sonrojaba. ¡Ah!.yo, sin duda, debería haberla consolado, debería haberla estrechado contra mi corazón y decirle: "Vivamos el uno para el otro, olvidemos a los hombres que no han sabido comprendernos; seamos dichosos con sólo nuestra estima y nuestro amor." Traté de hacerlo, pero ¿quien puede reanimar un sentimiento que se apaga y una resolución sólo sostenida por deber?

Leonor y yo disimulábamos mutuamente. No se atrevía a confiarme las penas de su sacrificio, persuadida de que nadie se le había pedido, pero yo le había aceptado por mi parte, y no me atrevía a lamentarme de un infortunio que había previsto, pero que no había sabido conjurar. Callábamos, pues, el único pensamiento que nos ocupaba completamente. Nos prodigábamos caricias, nos hablábamos de amor, pero nos hablábamos de amor, por miedo a hablarnos de otra cosa.

En cuanto existe un secreto entre dos corazones que se aman, en cuanto uno de ellos ha podido decidirse a ocultar al otro una sola idea, un solo pensamiento, el encanto queda roto, la felicidad destruida; el arrebató, la injusticia, pueden repararse; el disimulo contamina el amor con un elemento extraño que lo desnaturaliza y lo envilece ante sí mismo.

Por una extraña inconsecuencia rechazaba con indignación violentísima las menores insinuaciones contra Leonor, pero contribuía yo mismo a perjudicarla con mis conversaciones generales. Tenía horror al dominio de la mujer, tal vez por lo mismo que mi voluntad estaba sometida. Declamaba sin cesar contra la debilidad y las exigencias femeninas; contra el despotismo de su dolor, hacía gala de opiniones durísimas, y el mismo hombre que no podía resistir a una lágrima, que cedía a la tristeza callada, que en su ausencia se encontraba perseguido por la imagen del sufrimiento que causaba, el mismo aparecía en sus disertaciones desdeñoso e implacable; todos mis elogios concretos en favor de Leonor no bastaban para compensar la impresión que producían palabras semejantes; se me odiaba y se la compadecía, pero no se la estimaba, se la inculpaba de no haberme inspirado más consideración hacia su sexo y más respeto para los lazos del corazón.

Después de la ruptura de Leonor con el Conde, hubo un asiduo visitante de la casa que la manifestó una pasión vivísima; ella, forzada por sus persecuciones indiscretas, se negó a recibirle más, y él se permitió zaherirla con ultrajes que me parecieron intolerables. Nos batimos: le herí gravemente, y me hirió. No puedo transcribir la mezcla de turbación, de terror, de amor y de agradecimiento que apareció en el rostro de Leonor cuando volvió a verme después de este suceso; se instaló en mi casa, y, a pesar de mis súplicas, no me abandonó ni un instante hasta que estuve convaleciente. Pasaba los días leyéndome y las noches velando; observaba mis menores movimientos, prevenía todos mis deseos. Su bondad ingeniosa multiplicaba sus facultades, duplicaba sus fuerzas. Aseguraba sin cesar que no habría podido sobrevivirme: yo estaba traspasado de afecto y desgarrado de remordi-

miento. Hubiera querido encontrar en mí algo con qué recompensar una adhesión tan constante y tan tierna: llamaba en mi ayuda a los recuerdos, a la imaginación, a la razón misma, incluso al sentimiento del deber: ¡inútiles esfuerzos!. Las dificultades de la situación, la certidumbre de que el porvenir debía separarnos, y, acaso, no sé qué rebelaría contra aquellos lazos que no podía romper, me devoraban interiormente. Me reprochaba la ingratitud que quería ocultarle. Cuando la veía dudar de mi cariño me apenaba, porque sabía hasta qué punto le era necesario; pero no me apenaba menos cuando la veía creer en él. Sentía que era mejor que yo; me despreciaba a mí mismo considerándome indigno de ella. Es una desventura terrible la de no ser amado cuando se ama, pero lo es muy grande ser amado con pasión cuando ya no se ama. Hubiera dado mil veces la vida que acababa de arriesgar por Leonor con tal de que pudiera ser dichosa sin mí.

Expiraban los seis meses que mi padre me había concedido y había que pensar en la marcha. Leonor no puso el menor reparo a mi partida, no intentó siquiera retrasarla; sólo me hizo prometerle que me reuniría con ella dentro de dos meses, o que la permitiría que fuese a reunirse conmigo: se lo juré solemnemente. ¿Que compromiso no hubiera aceptado yo en aquel momento, viéndola luchar contra sí misma y contener su dolor?. Podía haber exigido de mí que no la abandonara: tenía yo la íntima convicción de que sus lágrimas no habrían sido desoídas, y estaba agradecido a que no se hubiese aprovechado de su fuerza; me parecía quererla más por esta circunstancia. Yo mismo por mi parte sentía también separarme de un ser consagrado a mí tan exclusivamente.

¡Hay algo tan profundo en las uniones prolongadas!. ¡acaban por ser algo tan íntimo!. De lejos tomamos con toda serenidad la resolución de romper la unión cuando convenga; llegamos, incluso a creer, que estamos esperando con impaciencia el momento, de la liberación; pero cuando llega ese momento, el temor nos sobrecoge; es tal la extraña condición de nuestra conciencia miserable que nos atormenta perder lo que no nos complace conservar.

Durante mi ausencia escribí con regularidad a Leonor. Alternaba entre el temor de que mis cartas la apenasen, y el deseo de no demostrarlo más de lo que sentía. Hubiese querido que me adivinara pero que me adivinara sin afligirse; me felicitaba de poder sustituir la palabra "amor" por las palabras "devoción, amistad, afecto"; pero de pronto se me presentaba la pobre Leonor triste y aislada, no teniendo más consuelo que mis cartas, y al cabo de dos páginas frías y medidas, añadía rápidamente unas frases ardorosas o tiernas, propias para engañarla nuevamente. De esta manera no le decía nunca lo necesario para satisfacerla, y, en cambio, sí lo bastante para engañarla. ¡Falsedad de índole extraña, que, sobre serme insoportable, volvía en mi contra las consecuencias y aumentaba mi angustia!. Contaba con inquietud los días y las horas; quería detener con mis deseos la marcha del tiempo; temblaba al ver que se acercaba la época de cumplir mi promesa. No se me ocurría ningún medio para irme, ni descubría ningún pretexto para que Leonor pudiese establecerse en la misma ciudad que yo. Tal vez, seré sincero, es que no quería encontrarle.

Comparaba mi vida tranquila, independiente, con la vida de precipitación, de turbación y de tormento a que me veía condenado por su pasión.

¡Me encontraba tan bien al verme libre, al ir, venir, salir, entrar sin tener que dar cuenta a nadie!. Fatigado por su amor, reposaba, digámoslo así, en la indiferencia de los demás.

Sin embargo, procuraba que Leonor no sospechase mi deseo de renunciar a nuestros proyectos. Por mis cartas había comprendido que no sería fácil separarme de mi padre, y, en consecuencia, me escribió diciendo que comenzaba los preparativos de viaje. Estuve mucho tiempo sin combatir su resolución, sin responderle nada concreto sobre el particular. Le decía vagamente que me alegraría siempre saber que era feliz, y añadía inmediatamente: hacerla feliz: ¡tristes equívocos, lenguaje embarazoso: deploraba que fuese tan oscuro y me daba miedo aclararlo! Por fin me determiné a la franqueza: me dije que era un deber para con ella; apelé a mi conciencia para que mi flaqueza

podiera sobreponerse al recuerdo de su dolor, tomaba fuerzas pensando en su reposo. Paseaba por mi cuarto a grandes pasos, recitando en alta voz cuanto me proponía decirle; pero, en cuanto comencé a escribir, cambié: ya no consideraba mis palabras con arreglo al sentido que en sí habrían de contener, sino con arreglo al efecto que habrían de producir; y una potencia sobrenatural, dirigiendo mi mano a pesar mío, se limitó a recomendarle el retraso de algunos meses. Mi carta, callando mi pensamiento, no llevaba ningún carácter de sinceridad. Los razonamientos alegados eran débiles porque no eran verdaderos.

La respuesta de Leonor fue impetuosa, llena de indignación por mi deseo de no verla. ¿Qué me pedía ella?. sólo vivir desconocida cerca de mí.

¿Qué podía temer yo de que permaneciese retirada, ignorada, en medio de una gran población donde nadie la conocía?. Me había sacrificado todo, reputación, fortuna, hijos; no exigía de mí más pago por estos sacrificios que el de esperarme como esclava humilde y pasar conmigo unos minutos cada día, gozar de los momentos que pudiera ofrecerle. Se había resignado a dos meses de ausencia, no porque esta ausencia le hubiese parecido necesaria, sino porque le pareció que yo lo deseaba; y, ahora, después de resignarse un día y otro día, cuando llegaba al fin el término del plazo fijado por mí mismo, ¡le proponía comenzar de nuevo aquel suplicio!.Ella podía haberse engañado, podía haber dado su vida a un hombre duro y árido; yo era dueño de mis actos; pero no tenía derecho a imponerle tal sufrimiento y abandonarla después de haberlo sacrificado todo por mí.

Leonor siguió a esta carta. Me avisó de su llegada. Fui a su casa con la firme resolución de. aparecer contentísimo. Estaba impaciente por tranquilizar su corazón, y procurarle, momentáneamente, por lo menos, dicha o calma. Pero se había sentido herida y me examinaba recelosa; pronto comprendió mis esfuerzos, irritó mi altivez con sus reproches, ultrajó mi carácter. Tan miserable me pintó, en mi flaqueza, que consiguió rebelarme contra ella más aún que contra mí mismo. Un furor insensato se apoderó de ambos; todo comedimiento desapa-

reció y olvidamos toda delicadeza. Hubiérase dicho que las furias nos lanzaban uno contra otro. Cuanto habría inventado contra nosotros el odio más implacable, nos lo aplicamos mutuamente; y aquellos dos seres infelices, cuando sólo uno a otro podían hacerse justicia, comprenderse y consolarse, aparecieron como dos seres irreconciliables, desgarrándose con encarnizamiento.

Nos separamos, después de una escena de tres horas, y, por primera vez, en la vida, nos separamos sin explicación, sin reparación. En cuanto estuve lejos de Leonor, un dolor profundo vino a reemplazar a mi cólera. Me encontré en una especie de estupor, aturdido por lo pasado; me repetía con asombro mis propias palabras, no concebía mi conducta, buscaba en mí mismo la razón de haberme extraviado de aquel modo.

Era tarde, y no me atreví a volver a casa de Leonor. Me prometí que la vería temprano al día siguiente, y fui a casa de mi padre. Había mucha gente y me fue fácil mantenerme aparte, en medio de la concurrencia numerosa y disimular mi agitación. Cuando estuvimos solos me dijo: -Me han asegurado que está en la ciudad la antigua amante del conde P... . Te he dejado siempre en libertad y no he querido saber nada concerniente a tus amistades, pero no es prudente a tu edad tener una amante declarada, y te advierto que he tomado mis medidas para que se aleje de aquí.

Dichas estas palabras se fue. Le seguí hasta su cuarto y allí me hizo señas de que me retirara -Padre -le dije pongo a Dios por testigo de que deseo que sea dichosa y que, a cambio de esto, consentiría gustoso en no volver a verla jamás; pero ten cuidado con lo que haces, porque, por tratar de separarme de ella, podrías unirnos para siempre.

Llamé inmediatamente al criado que me acompañó siempre en mis viajes y que conocía mis relaciones con Leonor; le encargué que descubriera en el acto, a ser posible, la determinación a que se había referido mi padre. Al cabo de dos horas volvió. El secretario de mi padre le había confiado en secreto que Leonor recibiría al día siguiente orden de partida. -¡Leonor expulsada! -me dije ¡arrojada con

oprobio, ella que ha venido aquí por estar a mi lado, ella a quien he desgarrado el corazón, ella que ha llorado sin que yo la compadeciera!.¿Con quién habrá de compartir ahora su dolor?. ¿dónde habrá de reposar su cabeza, la desventurada, errante y sola en un mundo cuyo aprecio ha perdido por mi causa?. La resolución fue inmediata: gané al hombre que me servía, prodigué, al par del oro, mis promesas y encargué una silla de postas para las seis de la mañana a las puertas de la ciudad. Formaba mil proyectos para mi eterna reunión con Leonor: la amaba más de lo que hubiera podido amarla nunca; todo mi corazón había vuelto a ella; me sentía orgulloso de ampararla, deseaba con avidez tenerla entre mis brazos-, el amor había vuelto por completo a mí alma; la cabeza, el corazón, los sentidos, toda mi existencia estaba trastornada por la fiebre. Si Leonor hubiese querido desprenderse de mí en aquel momento hubiera muerto a sus pies con tal de retenerla.

Llegó el día y corrí en busca de Leonor. Estaba acostada, después de una noche de llanto, sus ojos aún húmedos y su cabellera esparcida; me miró con sorpresa. -Ven -le dije- vámonos. -Quiso responder. -Vámonos -repetí-. ¿Tienes en la tierra más protector, más amigo que yo?. ¿No son mis brazos tu único refugio?. -Se resistía. -Tengo razones importantes; por el cielo, sígueme. -La arrastré. Durante el camino la, abrumaba de caricias, la oprimía contra mi corazón, respondiendo a sus preguntas con besos. Por fin le dije que al intentar mi padre separarnos, había comprendido que no podía ser dichoso sin ella y quería consagrarle mi vida y completar nuestra unión por cuantos medios fueran posibles. Su reconocimiento fue extremo al pronto, pero enseguida comenzó a distinguir contradicciones en mi relato. Su alegría desapareció, su rostro se nubló sombríamente: -Adolfo, te engañas a tí mismo -me dijo-. Eres generoso, te consagras a mí porque estoy perseguida, quieres tener amor y no tienes más que lástima. ¿Por qué pronunció estas, palabras funestas?. ¿Por qué me relevó un secreto que yo quería ignorar?. Traté de tranquilizarla y lo conseguí acaso; pero la verdad había cruzado por mi espíritu; el primer impulso estaba

destruido; continuaba firme en mi sacrificio, pero no era dichoso; y otra vez me volvía a encontrar teniendo que ocultar mi pensamiento.

VI

Desde la frontera escribí a mi padre una carta respetuosa, pero con un fondo de amargura. Estaba resentido con él por haber apretado más mis ligaduras al intentar romperlas. Le anunciaba que no abandonaría a Leonor hasta que, establecida convenientemente, no tuviese necesidad de mí. Le suplicaba que no se encarnizase contra ella, para que él y yo continuásemos en buenas relaciones. Esperé su respuesta para tomar, con arreglo a ella, una determinación antes de instalarnos. "Tienes veinticuatro años, contestó: no ejerceré sobre ti ninguna autoridad extrema puesto que nunca usé de ella; ocultaré cuanto pueda tu extraña marcha; haré correr el rumor de que te has marchado por orden mía y para asuntos míos; proveeré a tus gastos con liberalidad. Tú mismo no tardarás en comprender que esa vida no es la que te conviene. Tu nacimiento, tus dotes, tu fortuna, te asignaban en el mundo otro puesto que el de acompañante de una mujer sin patria y sin honor. Tu carta me hace comprender que no estás contento de ti mismo. Piensa que no se gana nada prolongando una situación que sonroja. Consumes inútilmente los años más hermosos de tu juventud y esta pérdida es irreparable."

La carta de mi padre me traspasó con cien puñales. Cuanto me decía me lo había dicho yo cien y cien veces. Cien veces había sentido yo vergüenza de que mi vida transcurriese en la oscuridad y en la inacción. Habría preferido reproches, amenazas, porque hubiera sido más airoso hacerles frente, porque la existencia de peligros para Leonor me hubiese obligado a reunir todas mis fuerzas para defenderla. Pero no había peligros: se me dejaba completamente libre, y esta libertad sólo me servía para llevar con mayor impaciencia el yugo que, al parecer, escogía yo por mi gusto.

Fijamos nuestra residencia en Cadan, pequeña población de Bohemia. Formé el propósito de no hacer sufrir a Leonor ya que había tomado sobre mi la responsabilidad de su suerte, Me dediqué a domi-

narne, a encerrar dentro de mí hasta los menores indicios de descontento y fui empleando todos los recursos de mi ingenio para crearme una alegría ficticia que pudiese velar mi tristeza profunda. Esta tarea produjo en mí un efecto insospechado. Somos criaturas de tal manera dúctiles que acabamos por sentir los mismos sentimientos que fingimos. Olvidé en parte la pena que ocultaba. El bromear constante disipaba mi propia melancolía y las afirmaciones de ternura que prodigaba a Leonor llenaban mi corazón con emociones dulces que casi parecían amorosas.

De cuando en cuando me asaltaban recuerdos importunos; cuando estaba solo me abandonaba a la inquietud; formaba mil planes para evadirme de la esfera en que me había colocado. Pero rechazaba todas estas impresiones como si fueran malos sueños. Leonor parecía dicha, ¿podía yo turbar su dicha?. Cerca de cinco meses pasaron de este modo.

Un día vi a Leonor agitada, tratando de callar un pensamiento que la obsesionaba. Después de mucha insistencia me hizo prometer que no combatiría la resolución que había tomado, y me confesó que el conde P... le había escrito: ganado el pleito, y recordando, agradecido, los servicios que recibiera de ella y su unión de diez años, le ofrecía la mitad de su fortuna, no para volverse a reunir, cosa ya imposible, sino con la única condición de que abandonaría al hombre ingrato y pérfido que les había separado. "Le he contestado -dijo Leonor-, y he rechazado como podrás suponer." Harto lo suponía. De nuevo estaba conmovido por el sacrificio de Leonor, pero conmovido hasta desesperarme. No me atreví a poner ningún reparo; ¡habían sido siempre tan infructuosas las tentativas de este género!. Me alejé para meditar el partido que debía tomar en consecuencia. Nuestras relaciones debían romperse, esto era claro. Yo era el único obstáculo para que ella encontrase un estado conveniente a las consideraciones que pronto o tarde otorga el mundo cuando se vive en la opulencia, yo era la única barrera entre ella y sus hijos; no encontraba la menor excusa ante mí mismo. Ceder en aquella circunstancia no era generosidad,

era debilidad punible. Había prometido a mi padre que recuperaría mi libertad en cuanto no fuese necesario a Leonor. Había llegado el momento de seguir mi camino, de comenzar una vida activa, de adquirir algún derecho a la estimación de los hombres, de emplear mis facultades en algún uso noble. Fui a encontrarme con Leonor, creyéndome decidido, de una manera inquebrantable, a imponerle la aceptación de la oferta del conde P... y a declararle para ello, si era preciso, que no sentía amor por ella. -Querida amiga -le dije-, se puede luchar algún tiempo contra el destino, pero siempre acabamos por ceder. Los lazos de la sociedad son más fuertes que la voluntad de los hombres; el sentimiento más impetuoso se estrella contra la fatalidad de las circunstancias. Es inútil que nos propongamos obedecer al corazón; estamos condenados a escuchar a la razón tarde o temprano. No puedo retenerme por más tiempo en una posición tan indigna para ti como para mí. No puedo consentirlo ni por tí ni por mí mismo. -Conforme iba hablando, sin mirar a Leonor, sentía que mis ideas iban volviéndose más vagas, y que mi resolución iba cediendo. Quise recobrar fuerzas y continué con voz precipitada. -Seré siempre tu amigo, tendré siempre para ti el cariño más hondo. Los dos años de nuestras relaciones no se borrarán de mi memoria; serán para siempre la época más bella de mi vida; pero el amor, ese transporte de los sentidos, esa embriaguez involuntaria, libre de todos los intereses, de todos los deberes, ese, Leonor, ya no lo siento. -Esperé largo rato su respuesta sin levantar los ojos hacia ella: cuando al fin la miré estaba inmóvil; contemplaba todas las cosas como si no las reconociera: cogí su mano y la hallé fría. Me rechazó. -¿Qué quieres de mí?. -me dijo- ¿no estoy sola en el mundo, sola sin un ser que me oiga?. ¿qué tienes entonces que decirme?. ¿No me lo has dicho todo?. ¿No acabó todo, todo, sin remedio?. Déjame, abandóname; ¿no es lo que estás deseando?. -Quiso alejarse, y se tambaleó: traté de sostenerla, y cayó a mis pies, sin conocimiento. La levanté, la besé, la hice volver en sí. -Leonor -exclamé-, vuelve en tí, vuelve a mí, te quiero con amor, con el amor más tierno: te he engañado para que pudieras elegir libremente.

-¡Credulidades del corazón, sois inexplicables!: estas simples palabras desmentidas por tantas otras anteriores, volvieron a Leonor la vida y la confianza; me obligó a repetírselas varias veces; parecía respirarlas con avidez. Me creyó. Se embriagó con su amor que ella creía de ambos, confirmó su respuesta al conde P... y yo quedé más comprometido que nunca.

Tres meses después se presentó nueva ocasión de cambio en la situación de Leonor. Por una de esas vicisitudes tan corrientes en las repúblicas agitadas por facciones, el padre de Leonor volvió a Polonia, y le devolvieron su fortuna. Aunque apenas conocía a su hija, llevada a Francia por su madre a la edad de tres años, deseó tenerla consigo. Las murmuraciones promovidas por las aventuras de Leonor casi no habían llegado a Rusia, donde él había pasado su destierro. Leonor era hija única, el padre temía la soledad y quería que alguien le atendiese. Se dedicó en seguida a descubrir el paradero de su hija, y en cuanto lo hubo conseguido, la invitó con insistencia para que fuese a reunirse con él. Leonor no podía sentir inclinación hacia un padre que no recordaba haber visto nunca. Sentía, sin embargo, que estaba en el caso de obedecer, aseguraba con ello una gran fortuna a sus hijos y se colocaba ella misma en el rango que por sus infortunios y su conducta había perdido. Pero me declaró resueltamente que no iría a Polonia si no la acompañaba: -No estoy ya -me dijo- en edad de abrir el alma a otros afectos. Mi padre es un desconocido para mí, si me quedo, no faltarán otros que le rodeen, siempre solícitos; y será dichoso con ellos. Mis hijos tendrán la fortuna de su padre. Sé de sobra que me censurarán; pasaré por hija ingrata y por madre poco sensible; pero he sufrido ya demasiado, no soy bastante joven para que la opinión de las gentes influya mucho sobre mí. Si mi resolución es algo dura, tuya es la culpa, Adolfo. Si pudiese hacerme algunas ilusiones acerca de ti, tal vez consentirla en una ausencia, amarga, pero atenuada por la perspectiva de una reunión dulce y duradera; pero, ¡qué más quisieras tú que suponerme contenta y tranquila, lejos de ti cien leguas, rodeada de familia y de opulencia!. Recibiría de ti una carta razonable que me sé

de antemano, y que desgarraría mi corazón. No quiero exponerme a eso. No tengo el consuelo de haberte inspirado, después de sacrificar mi vida entera, el sentimiento que merecía por ello; pero siquiera has aceptado el sacrificio. Bastante sufro ya con la aridez de tus maneras y la sequedad de nuestro trato; bastantes dolores tengo por ti; me falta valor para buscarme más sufrimientos voluntarios.

Había en la voz y en el tono de Leonor algo de áspero y violento que anunciaba una determinación firme más que una expresión profunda y conmovedora. Llevaba una temporada de irritarse cuando me pedía alguna cosa, antes de que se la hubiese negado. Disponía de mis acciones, sabiendo que mi juicio era contrario. Habría querido penetrar en el santuario íntimo de mis pensamientos para allí romper una oposición sorda que la rebelaba contra mí. Le hablé de mi situación, de la promesa hecha a mi padre, de mi propio deseo; me arrebaté. Leonor fue implacable. Quise despertar su generosidad, como si no fuese el amor el más egoísta de los sentimientos, y, por consiguiente, el menos generoso cuándo se siente herido-. Acudí a un recurso extraño; traté de que tuviese compasión por la desgracia que me causaba reteniéndome a su lado, y sólo conseguí exasperarla. Prometí que iría a Polonia, pero en aquellas promesas sin franqueza y sin abandono, no vio más que mi impaciente afán por dejarla.

Llevábamos un año de estancia en Cadan, sin que hubiese cambiado en nada nuestra situación. Cuando Leonor me encontraba sombrío o abatido, se afligía primero, se ofendía después, y, a fuerza de reproches, acababa por arrancarme la confesión de mi cansancio, en los momentos en que hubiese querido disimularlo más. Por mi parte, cuando Leonor parecía contenta, me irritaba al verla gozar en una situación sostenida a costa de mi dicha y malograba su contento fugaz por medio de insinuaciones que descubrían mi pensamiento. Uno y otro alternábamos, atacándonos, primero, con frases indirectas, retrocediendo enseguida al recurso de las protestas generales, las justificaciones vagas, y encerrándonos por último en el silencio. Sabíamos sobradamente los dos cuanto habríamos de decirnos y nos callábamos

ambos, por no oírlo. A veces cualquiera de los dos estaba pronto a ceder, pero faltaba el momento favorable. Heridos y desconfiados, nuestros corazones no se encontraban nunca.

Me preguntaba yo muchas veces por qué permanecía en estado tan penoso, y me respondía siempre que si me alejara de Leonor, Leonor me seguiría y sin que yo consiguiese nada más que ofrecerle ocasión de nuevos sacrificios; acabé diciéndome, por fin, que era preciso satisfacerla una vez más y que ella no podría exigir nada cuando la hubiese acompañado y restituido a su familia. Iba a proponerle, en consecuencia, seguirla hasta Polonia, cuando recibió la noticia de que su padre había muerto de repente. Figuraba Leonor como única heredera, pero su testamento estaba en pugna con cartas posteriores y determinados parientes amenazaban con hacerlas valer. Leonor se sintió afectada por esta muerte a pesar de las pocas relaciones mantenidas entre ella y su padre: se reprochó haberle abandonado y pronto me hizo responsable de su culpa. -Me has hecho que falte -me dijo- a un deber sagrado. Ahora que se trata sólo de mi fortuna, puedo renunciar más fácilmente. No, no seré yo, por cierto, quien vaya, sola, a un país en que sólo he de encontrar enemigos. -Yo -le respondí- no he querido que faltases a tus deberes; hubiera deseado, lo confieso, que se te ocurriese pensar que también para mí era penoso faltar a los míos; esperaba que me concedieses esa justicia. Me rindo, Leonor, tu interés está por encima de todo. Marcharemos juntos cuando quieras.

Nos pusimos en camino, en efecto. La distracción del viaje, la novedad, los esfuerzos de ambos, traían de cuando en cuando algunos restos de intimidad. Habíamos pasado juntos tantas circunstancias diversas, que cada palabra, casi cada gesto tenía recuerdos que nos trasladaban de repente al pasado y nos llenaban de un enternecimiento involuntario, como los relámpagos rompen la noche sin lograr disiparla, vivíamos, por decirlo así, una especie de memoria del corazón, lo suficientemente fuerte para que la idea de separarnos fuese dolorosa pero excesivamente débil, para que pudiésemos ser felices juntos. Me abandonaba a estas emociones para descansar de mi tensión constante.

Hubiera querido dar a Leonor otros testimonios de ternura que consiguiesen contentarla. Volvía a usar con ella algunas veces el lenguaje del amor, pero estas emociones y este lenguaje eran como esas hojas pálidas y descoloridas, resto de vegetación fúnebre, que crecen lánguidamente en las ramas de un árbol arrancado.

VII

Leonor consiguió desde el primer momento el disfrute de los bienes en litigio, con el solo compromiso de no disponer de ellos hasta que se decidiera el pleito. Se estableció en una de las posesiones de su padre. El mío, que jamás trataba en sus cartas directamente ninguna cuestión, se contentó con llenar las de insinuaciones contrarias a mi viaje. "Me dijiste -decía en ellas- que no te marcharías; tú mismo me expusiste con minuciosidad todas las razones que tenías para no irte, y, estaba convencido por ello de que, en efecto, no te irías; no puedo por menos de lamentar que siendo tú un espíritu independiente hagas constantemente lo contrario de lo que quieres. Me abstengo de juzgar una situación que no conozco totalmente; hasta ahora me parecía que eras tú el protector de ella, y considerándolo así había en tú proceder algo noble que mantenía elevado tu carácter, fuese cual fuese el objeto a que lo consagrabas. Actualmente son muy otras vuestras relaciones; no la proteges tú, te protege ella, vives en su casa, eres el extraño a quien introduce en su familia. No fallo nada acerca de la posición que has escogido, pero, como puede tener sus inconvenientes, quisiera disminuirla en cuanto esté en mi mano. Escribo recomendándote al barón T... representante nuestro en el territorio donde resides; ignoro si te convendrá hacer uso de esa recomendación: no veas en ella, por lo menos, más que una prueba de solicitud, y nunca un atentado contra la independencia que con tanto éxito has sabido defender siempre contra tu padre. Procuré ahogar las reflexiones que me sugería tal lenguaje. Las posesiones de Leonor, donde vivíamos, estaban a poca distancia de Varsovia. Fui a la ciudad para ver al barón T... : me recibió amistosamente, me preguntó las causas de mi estancia en Polonia, se informó acerca de mis proyectos sin que yo supiese apenas qué responderle. Al cabo de unos minutos de conversación forzada: -Hablemos con franqueza -me dijo-. Conozco los motivos que le han traído por acá, pues me los ha dicho su padre; los comprendo, es

cuanto tengo que decirle: no hay hombre que no se haya encontrado comprometido, por lo menos una vez en la vida, entre el deseo de romper una unión inconveniente y el temor de afligir a la mujer a quien ha querido. La inexperiencia de la juventud exagera mucho las dificultades de semejantes situaciones: se complace en creer en la sinceridad de todas esas demostraciones de dolor que aparecen en un sexo que, a falta de energía y de razón, es débil e impulsivo. El corazón sufre en estos casos, pero el amor propio nos aplaude; y cuando creemos de buena fe que nos inmolamos al dolor que hemos producido, no hacemos en rigor más que sacrificarnos a las ilusiones de la vanidad propia. Ni una sola de estas mujeres apasionadas, que tanto abundan en el mundo, ha dejado de asegurar que moriría si la abandonaban: todavía no se ha dado el caso de una sola, que no se haya consolado. Quise interrumpirle. -Perdone, usted, joven amigo -añadió- si no me expreso con demasiado comedimiento, pero sus buenas referencias que me han dado de usted, el talento que usted promete, la carrera que le espera, todo me impone la obligación de no hablarle con disimulo. Leo en su interior, pese a usted y mejor que usted mismo; usted no quiere a la mujer que le domina y le arrastra; si la quisiera no habría venido a verme. Sabía usted que su padre me había escrito, le era a usted fácil suponer lo que tendría que decirle; no le ha molestado oír en mis labios razonamientos que usted se repite sin cesar y siempre inútilmente. La reputación de Leonor está lejos de ser intachable. -Le ruego que acabemos una conversación inútil -respondí-. Los primeros años de Leonor pueden haber estado a merced de circunstancias desgraciadas: según las apariencias engañosas, se la podrá juzgar desfavorablemente. Pero llevo tres años conociéndola y no existe alma más alta, carácter más noble, corazón más puro y generoso. Como usted quiera -me replicó-; pero esos son matices en los que no ahonda la opinión. Los hechos son positivos y son públicos. ¿Cree usted que ha de conseguir destruirlos sólo con impedirme a mí que los recuerde?. Escúcheme -prosiguió-. En este mundo es preciso saber lo que se quiere. ¿Se casará usted con Leonor?. -No, desde luego

-exclamé yo-; ni ella lo ha deseado nunca. -¿Qué va usted a hacer entonces?. Tiene usted veintiséis años y ella diez más que usted. Continuará usted atendiéndola diez años más. Llegará a vieja, y usted se encontrará en la mitad de su vida sin haber comenzado nada ni haber acabado nada que le satisfaga. Se apoderará de usted el tedio y, de ella el mal humor; se le irá haciendo cada día menos agradable: usted en cambio a ella le será más necesario cada día, un nacimiento ilustre, una fortuna brillante, un espíritu distinguido, terminarán en eso, en vegetar en un rincón de Polonia olvidado de sus amigos, perdido para la gloria y atormentado por una mujer a la que no verá usted jamás contenta, haga lo que haga. Una palabra más, y no volvamos sobre un asunto que le contraría; tiene usted todos los caminos abiertos: la administración, las letras, las armas; puede aspirar usted a las más ilustres alianzas, está usted hecho para conseguirlo todo; pero acuérdesse bien de que entre usted y cualquier éxito, sea de la clase que sea, hay un obstáculo insuperable: Leonor. -Le he escuchado en silencio -le respondí porque lo he creído mi deber, pero también debo declararle que continúo firme en mi propósito. Nadie, fuera de mí, puede juzgar a Leonor, lo repito; nadie apreciará como yo la sinceridad de sus sentimientos y la profundidad de sus impresiones. Mientras ella me necesita, continuaré a su lado. Ningún éxito me consolaría de hacerla desgraciada, y aunque me limitase a la misión de servirla de apoyo, de sostenerla en sus pesares y rodearla de cariño contra la injusticia de una opinión que la desconoce, seguiría siempre creyendo que no había empleado mi vida inútilmente.

Dichas estas palabras, salí; pero ¿quién podrá explicarme qué clase de movilidad hizo que los sentimientos que acababa de sentir se extinguiesen antes de que hubiese acabado de pronunciarlos?

Quise volver a pie para retardar el momento de volverme a ver con aquella Leonor a quien acababa de estar defendiendo, y crucé la población precipitadamente: llevaba prisa de estar solo.

Quando llegué al campo, anduve más despacio, acosado por mis pensamientos. Resonaban claramente en mí estas palabras funestas:

"hay un obstáculo insuperable entre cualquier éxito y usted: Leonor." Eché una mirada larga y triste al tiempo que había transcurrido para no volver más; recordaba las esperanzas de mi juventud, mi confianza de otros tiempos en el porvenir, los elogios obtenidos por mis ensayos primeros, la aurora que había visto brillar y disiparse. Me repetí los nombres de varios compañeros míos de estudio, a quienes había tratado yo con desdén soberano, y que con sólo trabajo y constancia, con una vida de orden, me habían adelantado en el camino de la fortuna, de la consideración y de la gloria: mi inacción me oprimía. Lo mismo que los avaros ven en los tesoros que acumulan todos los bienes que podrían comprar con ellos, veía en Leonor la privación de todos los éxitos que hubiera podido pretender. No me lamentaba por la falta de una carrera sola, sino que, no habiendo seguido ninguna, las codiciaba todas. Como no había empleado nunca mis fuerzas, me las imaginaba sin límite y las maldecía; hubiese preferido que la Naturaleza me hubiese creado débil y mediocre, para verme libre, al menos, de remordimientos ante mi degradación voluntaria. Cualquier elogio, cualquier aprobación a mi ingenio o a mis conocimientos, me parecían reproches insoportables, me parecía que admiraban los brazos vigorosos de un atleta cargado de cadenas en el fondo de una mazmorra. Cuando trataba de recuperar mi energía, pensando que la época de la actividad no había pasado aún, se presentaba delante de mí la imagen de Leonor como un fantasma, y me empujaba otra vez a la nada; sentía contra ella accesos de furor, pero este furor, ¡extraña mezcla!, no aminoraba mi terror de afligirla.

Mi alma, fatigada por estos sentimientos amargos, iba a refugiarse en los sentimientos opuestos. Algunas palabras pronunciadas al acaso por el barón T... acerca de una posible alianza, dulce y llena de Paz, fueron base para que me diese a pensar en una compañera. Me imaginaba el reposo, la consideración, incluso la independencia de una situación semejante. La unión que venía sujetándome tanto tiempo coartaba mi independencia mil veces más que cualquier unión reconocida y refrendada. Pensaba en la alegría de mi padre,

experimentaba un deseo impaciente de volver a mi patria, a la sociedad de mis iguales; me representaba oponiendo una conducta austera e irreprochable a todos los juicios de malignidad fría y frívola que hubiesen aventurado contra mí, a todas las reconvenciones con que Leonor me anonadaba.

-Me acusa sin cesar, decía yo, de ser duro, ingrato, sin corazón. ¡Ah, si el ciclo me hubiese concedido una mujer a quien las conveniencias sociales me permitiesen presentar ante todos, que mi padre pudiese aceptar como hija sin sonrojo, cuán feliz no hubiera sido yo haciéndola dichosa!. Esta sensibilidad mía que todos desconocen porque sufre y está contenida; esta sensibilidad de la que exigen con imperio pruebas que mi corazón no concede ante arrebatos ni amenazas, ¡cuán dulce sería compartirla con el ser adorado, compañero de una vida regular y respetada!. ¿Hay algo que no haya hecho yo por Leonor?. He abandonado por ella mi país y mi familia, he afligido el corazón de un padre anciano que gime todavía lejos de mí, permanezco por ella en esta tierra en que mi juventud se va gastando solitaria, sin gloria, sin honor y sin provecho. Tanto sacrificio realizado sin deber y sin amor, ¿no prueba a lo que llegaría por amor y deber?. Si temo así el dolor de una mujer que solo por su dolor me domina ¿cuál no sería mi cuidado por alejar toda aflicción, todo pesar de aquella a quien pudiera consagrarme abiertamente, sin remordimiento y sin reserva?. ¡Cuán diferente de lo que soy parecería en este caso!, ¡cuán rápidamente se alejaría de mí esta acritud que hoy me reprochan como un crimen porque desconocen su origen; ¡cuán grande sería mi agradecimiento hacia el cielo y mi benevolencia con los hombres!. Me hablaba así, húmedos los ojos de lágrimas; mil recuerdos se entraban a torrentes por mi alma, mis relaciones con Leonor me habían hecho odiosos todos estos recuerdos; cuanto se refería a mi infancia, a los lugares donde había pasado los primeros años de mi vida, a los compañeros de juegos infantiles, a los familiares que me habían prodigado las primeras pruebas de interés, todo me hería y me hacía daño; estaba condenado a rechazar como pensamientos culpables las imágenes más

atractivas y los impulsos más, naturales. La compañera que repentinamente acababa de crear mi imaginación se unía a todas estas evocaciones, aumentando mi nostalgia; se asociaba a todos mis deberes, a todos mis placeres, a todos mis gustos. Volvía a unir mi vida actual a la época de mi, juventud en que la esperanza abría ante mí un porvenir tan amplio, del que me separaba hoy, por culpa de Leonor, un abismo. Los detalles más íntimos, los objetos más pequeños, destacábanse en mi memoria; veía el castillo antiguo donde habitaba con mi padre, los bosques que le rodeaban, el río que pasaba al pie de los muros, las montañas del horizonte; todo ello me parecía presente de tal modo, heno de vida tal, que me estremecía de un modo intolerable. Mi imaginación colocaba al lado de todo aquello una criatura inocente, joven, que lo embellecía y lo animaba con la esperanza. Absorto en estas meditaciones vagaba al acaso, sin planes fijos, sin tampoco decirme que era necesario romper con Leonor, teniendo de la realidad una idea sorda y confusa; manteniéndome en el estado de un hombre abrumado por, las penas a quien un sueño ha consolado y que presente que el sueño sé va a desvanecer. Me encontré de pronto frente al castillo de Leonor. Me detuve y tomé otro camino dichoso de retardar el momento de oír su voz de nuevo.

La luz del día, débil, sereno el cielo, desiertos los campos, terminado el trabajo del hombre quedaba la naturaleza entregada a sí misma. Mis pensamientos fueron adquiriendo gradualmente un tono más grave y más severo. Las sombras de la noche más densas cada vez; el vasto silencio que me rodeaba, sólo interrumpido por algún que otro ruido lejano, llevaban a mi imaginación un sentimiento más tranquilo, más solemne. Extendí la vista por el horizonte grisáceo, sin límites, que daba una sensación de inmensidad. Hacía mucho tiempo que no sentía nada semejante: absorto, sin cesar en reflexiones personales, obsesionado por mi situación, había permanecido extraño a toda idea general, no me había ocupado más que de Leonor y de mí; de Leonor, que no me inspiraba más que lástima y cansancio; de mí, por quien no sentía la estimación más leve.

Me había empequeñecido, por decirlo así, en una clase nueva de egoísmo, en un egoísmo sin valor, descontento y humillado; vi con satisfacción que renacían en mí pensamientos de otro orden, que aun poseía la facultad de olvidarme de mí mismo para entregarme a meditaciones desinteresadas; mi alma parecía salir de una degradación larga y bochornosa.

Pasé casi toda la noche de este modo. Marchaba a la ventura; recorrí campos, bosques, pasé frente a aldeas donde todo era quietud; de cuando en cuando distinguía en alguna vivienda lejana una luz pálida que rompía la oscuridad. -Allí -pensaba yo-, tal vez algún infortunado se agita en el dolor, tal vez lucha contra la muerte, misterio inexplicable que nunca parece convencer a los hombres a pesar de estar ocurriendo a todas horas; término seguro que ni consuela ni refrena; que de continuo nos tiene descuidados y de repente nos espanta. ¡También yo -proseguí- también yo me abandono a esa insensata inconsecuencia! ¡Me sublevo contra la vida, como si no tuviera término! ¡Extiendo la desgracia en derredor mío, queriendo reconquistar unos cuantos años míseros que el tiempo ha de arrancarme bien pronto! ¡Ah, renunciemos a estos esfuerzos vanos; gocemos viendo que el tiempo pasa y que mis días se precipitan unos sobre otros; quedémonos inmóviles, espectadores indiferentes de una existencia cuya mitad va ya corrida, ni que se apoderen de ella, ni que la desgaren, no habrá de durar más por eso!. ¿A qué, pues, tanto afán por defenderla?.

La idea de la muerte ha tenido siempre sobre mí gran imperio. Siempre ha bastado para calmar en el acto mis afectos más vivos, entonces produjo en mi alma el efecto de siempre, mi disposición con respecto a Leonor se volvió menos amarga. Desapareció mi irritación, todas las impresiones de aquella noche de delirio se redujeron a un sentimiento dulce, casi tranquilo: tal vez el cansancio físico entraba por mucho en aquella tranquilidad.

El día estaba a punto de nacer. Veía ya los objetos y advertí que me encontraba un poco lejos de casa de Leonor, calculé su inquietud y me apresuraba ya, cuanto me lo permitía la fatiga, tratando de llegar

pronto a su lado, cuando me encontré un hombre a caballo enviado por ella en mi busca. Me contó que estaba en plena zozobra, hacía doce horas, que había ido a Varsovia, había recorrido los alrededores y había vuelto después a su casa en un estado de angustia indescriptible; que los habitantes del pueblo habían salido en todas direcciones en mi busca. Mi primera impresión al oír esto, fue de impaciencia penosísima. Me irrité, viéndome sometido, por Leonor a una vigilancia importuna. En vano me repetía yo que su amor era la única causa de todo ello: ¿No era ese amor también la causa de toda mi desgracia?. Logré, empero, dominar este sentimiento que yo mismo reprobaba, toda vez que me la figuraba alarmada y doliente. Subí al caballo y pronto recorrí la distancia que nos separaba. Me recibió con transportes de alegría; su emoción me conmovió. Hablamos poco porque ella pensó enseguida que debía estar necesitado de reposo, y nos separamos sin que por lo menos esta vez le hubiese dicho nada que pudiese lastimarle el corazón.

VIII

Al día siguiente, me levanté perseguido por las mismas ideas que ya me habían perturbado la víspera, y mi agitación fue creciendo en los días siguientes. En vano trató Leonor de averiguar la causa de todo aquello: a sus preguntas impetuosas contestaba yo con monosílabos; cuanto más insistencia en ella, más rigidez había en mí, pues estaba persuadido de que a mi franqueza seguiría su dolor, y que su dolor me impondría nuevo disimulo.

Inquieta y sorprendida, trató de que una de sus amigas procurase descubrir el secreto que me acusaba de ocultarle; y es que, ávida de engañarse a sí misma, buscaba algún hecho donde no había más que sentimientos. Su amiga me habló de mi extraño humor, del cuidado con que procuraba yo rechazar cualquier idea de un lazo duradero, de mi sed inexplicable de ruptura y de aislamiento. La escuché en silencio largamente; nunca había dicho a nadie hasta entonces que no amaba a Leonor; tal confesión, qué se me antojaba una perfidia, repugnaba a mis labios. Quise, empero, justificarme; referí mi historia con prolijidad, prodigando elogios a Leonor, reconociendo las inconsecuencias de mi conducta que achaqué a las condiciones difíciles de nuestra situación, y prohibiéndome toda palabra que aludiese claramente a la verdadera dificultad: la carencia de amor por parte mía. La mujer que me escuchaba se emocionó con mi relato: vió generosidad en lo que llamaba yo debilidad, desgracia en lo que yo calificaba de dureza. Las mismas explicaciones que a la apasionada Leonor enfurecían, convencieron a su amiga imparcial. ¡Se hace tan fácilmente justicia cuando no hay interés propio!. Quienquiera que seáis, no encomendéis nunca a otro los intereses de vuestro corazón; tan sólo el propio corazón puede abogar por su causa, sólo él sonda sus heridas; todo intermediario se torna juez; analiza, transige, concibe la indiferencia; la admite como posible, la considera inevitablemente y la excusa, por lo mismo, acabando por antojársele legítima. Yo, que por los

cargos de Leonor, estaba persuadido de haber sido culpable, acabé por ver oyendo a la que creía defenderla que era un desgraciado y no otra cosa. Acabé por descubrir todos mis sentimientos: reconocí que sentía por Leonor estimación, piedad y simpatía; pero añadí que todos los deberes que me había impuesto para con ella, no provenían del amor. Esta verdad, hasta entonces guardada en mi corazón, dicha tan sólo a Leonor en algún momento de turbación y de cólera, adquirió más fuerza, más realidad ante mis ojos por el solo hecho de habérsela confiado a otra persona. Gran paso, paso irreparable el descubrir de repente, a los ojos de un tercero y los repliegues recónditos de una relación íntima; al penetrar la luz en el santuario confirma y remata lo que permanecía envuelto en sombras: de igual modo, los cuerpos en sus tumbas conservan a menudo su forma primitiva, hasta que llega el aire exterior y los deshace en polvo.

Ignoré cómo relataría la amiga de Leonor su entrevista conmigo, pero al acercarme yo al salón oí que Leonor hablaba con mucha vehemencia, y al verme se calló. Pronto reprodujo, en una u otra forma, ideas generales que implicaban ataques .Concretos. -Es muy curioso el celo de algunos amigos -decía-; hay gentes que en seguida se apresuran a tomar por su cuenta nuestros intereses para abandonar mejor nuestra causa. Dicen que es adhesión, más parece aborrecimiento. Comprendí que la amiga de Leonor se había puesto de mi parte, y ésta se había irritado al ver que, contra su opinión, no me juzgaban suficientemente culpable. Desde entonces sentí que otra persona me comprendía más que Leonor: y hubo una barrera nueva en nuestros dos corazones.

Algunos días después fue Leonor más lejos, incapaz del menor dominio de sí. Iba derecha a la explicación en cuanto creía tener algún motivo de queja, sin pararse a reflexionar y prefiriendo el riesgo de un rompimiento a la violencia del disimulo. Las dos amigas riñeron para siempre.

-¿Para que mezclar a los extraños en nuestras discusiones íntimas?. ¿Qué necesidad tenemos de un tercero para entendernos?. Y si

no nos pudiéramos entender ¿que tercero podría remediarlo?. -Tienes razón -me dijo-; pero tuya es la culpa: en otro tiempo no tenía necesidad de dirigirme a nadie para llegar hasta tu corazón.

Leonor me anunció de repente su propósito de cambiar de vida. Por lo que decía, vislumbré que achacaba mi descontento al retraimiento en que vivíamos: agotaba todas las explicaciones falsas antes de resignarse a la verdadera. Pasamos veladas enteras, frente a frente, o con mal humor o silenciosos: la fuente de las largas conversaciones se había secado.

Leonor resolvió atraer a su casa las familias nobles que residían en la vecindad o en Varsovia. Vi desde luego las dificultades y peligros que implicaban sus tentativas. Los parientes que le disputaban la herencia se habían encargado de descubrir sus errores pasados, y de propagar mil rumores calumniosos.

Temblé por las humillaciones a que iba a verse expuesta y procuré disuadirla de sus propósitos, pero todo fue inútil; hería su orgullo con mis temores, aunque los aventuré con precaución. Llegó a suponer que me cohibían nuestras relaciones, porque su existencia era equívoca, y se apresuró más aún a reconquistar un puesto honroso en el mundo. Sus esfuerzos tuvieron algún éxito. Su fortuna, su belleza, que el tiempo apenas había aminorado, incluso la fama de sus aventuras, excitaban la curiosidad. Pronto se vio rodeada de una sociedad numerosa, pero también perseguida por un sentimiento secreto de inquietud y turbación. Descontento yo de mi situación, se figuraba ella que lo estaba de la suya y trataba de salir de ella; su deseo ardiente la imposibilitaba para el cálculo, su posición, falsa llevaba la desigualdad a su conducta y la precipitación a sus actos. Era de entendimiento justo, pero no amplio, desnaturalizada la justeza de su espíritu, con lo arrebatado de su carácter, e incapacitada, por su poca amplitud, para distinguir el camino más hábil y percibir los matices delicados. Por vez primera, se había propuesto un fin, y por precipitación le perdía. ¡Qué de sinsabores devoró sin decírmelo, cuántas veces hube de enrojecer por ella sin tener el valor de advertírselo!. Llega a tanto sobre los

hombres el poder de la reserva y la mesura, que la había visto más respetada por los amigos del Conde P... como amante suya, que ahora por sus vecinos, a pesar de ser la heredera de una gran fortuna y de estar entre sus vasallos. Tan pronto altanera, como suplicante; a veces contenida y a veces susceptible, nunca se daba el caso de que impusieran sus palabras esa consideración que sólo se compone de calma.

Me acuso y me condeno a mí mismo; al hacer este examen de los defectos de Leonor, no quiero sino acusarme y condenarme yo mismo. -De una palabra mía dependía su calma, ¿por qué, no dije esa palabra?

Sin embargo, vivíamos algo más de acuerdo; la distracción nos aliviaba de nuestros pensamientos constantes. De cuando en cuando pasábamos algunos ratos solos, y como nuestra confianza mutua era, salvo en lo referente a nuestro sentir, ilimitada, en vez de hablar de éste, cambiábamos impresiones acerca de hechos y observaciones, y nuestra conversación recobraba con esto algún encanto. Pero este nuevo género de vida fue pronto para mi motivo de nuevas perplejidades. Mezclado con la sociedad que rodeaba a Leonor, pude advertir que era yo causa de sorpresa y de censura. Se acercaba la época en que había de sentenciarse el pleito; sus adversarios pretendían que ella había trastornado el corazón de su padre a fuerza de extravíos sin cuento; y mi presencia venía a corroborar esas afirmaciones. Sus amigos me acusaban de estarla perjudicando. Disculpaban la pasión de Leonor hacia mí, pero me inculpaban de poca delicadeza: según ellos, estaba yo abusando de su sentimiento, cuando mi deber estaba en moderarle. Yo solo sabía, que en cuanto tratase de abandonarla se arrojaría tras de mí abandonando todas las consideraciones de fortuna y de prudencia, con tal de seguirme. No pudiendo confiar este secreto a los demás, aparecía como un extraño que permaneciera en casa de Leonor, estorbando los trámites que habían de decidir su suerte. Por efecto de una extraña inversión de la verdad, aparecía ella como sacrificada a mi ascendiente, cuando era yo la víctima de su voluntad inquebrantable.

Una nueva circunstancia vino a complicar más aún esta situación dolorosa.

Un cambio extraño se operó de pronto en la conducta y en los modales de Leonor: hasta esta época no había parecido fijarse en nadie más que en mí; súbitamente la vi aceptar y buscar los homenajes de los hombres que la rodeaban. Aquella mujer tan reservada, tan fría, tan susceptible, pareció haber cambiado repentinamente de carácter. Animaba los sentimientos y hasta las esperanzas de multitud de jóvenes, de los cuales unos estaban seducidos por su belleza, y otros, a pesar de sus errores pasados, aspiraban seriamente a su mano; les concedía largas entrevistas a solas; empleaba con ellos ese trato dudoso, pero atrayente, que no rechaza con blandura sino para retener, que anuncia más indecisión que indiferencia, y que retrasa en vez de negar. Después he sabido, por ella, y los hechos me lo han demostrado, que obraba de tal suerte en virtud de un cálculo equivocado y deplorable. Creía reanimar mi amor, excitando mis celos; pero era, remover cenizas que nada podía volver a calentar. ¡Acaso también entraba en este cálculo, sin que ella llegase a darse cuenta, un poco de vanidad femenina!. Herida por mi frialdad, quería demostrarse a sí misma que aun tenía medios de agradar. ¡Acaso, también, en el aislamiento en que dejaba yo su corazón, encontraba una especie de consuelo oyéndose repetir expresiones de amor, que yo no pronunciaba hacía mucho tiempo!. Sea lo que fuere, durante algún tiempo me engañé sobre sus motivos. Entreví la aurora de mi futura libertad, y me felicité por ello. Temblando ante el temor de interrumpir por alguna intervención desconsiderada, aquella gran crisis, en la cual ponía mi esperanza de liberación, me hice más amable, me mostré más contento. Leonor tomó mi suavidad por ternura, mi esperanza de verla al fin dichosa sin mí, por deseo de hacerla dichosa. Se felicitó de su estratagema.

A veces se alarmaba de no encontrarme inquieto; me reprochó el no poner obstáculo a aquellas amistades, que al parecer amenazaban arrebatarla. Yo rechazaba sus acusaciones bromeando, pero no siempre conseguía apaciguarla; dejaba traslucir su carácter a través del disimulo que se había impuesto. Las escenas volvieron a comenzar en otro terreno, pero no menos tormentosas. Leonor me culpaba de sus

propias torpezas y dejaba ver que con una sola palabra volvería a mí por completo, y al cabo, ofendida por mi silencio, se precipitaba nuevamente en la coquetería, casi con furia.

Siento que al llegar aquí se me acusará más que nunca de flaqueza; yo quería ser libre y podía serlo con la aprobación general; estaba incluso en el deber de emanciparme: la conducta de Leonor me autorizaba y hasta parecía obligarme a ello; pero ¿no me constaba a mí que la conducta aquélla era obra mía?. ¿no me constaba que Leonor no había dejado de amarme en el fondo de su alma? ¿podía yo castigarla por una imprudencia que cometía por mi culpa, y, fríamente hipócrita, tomar aquellas imprudencias como un pretexto para abandonarla sin piedad?

En verdad, no quiero excusarme, yo me condeno con más severidad que pueda hacerlo nadie; pero sí puedo, por lo menos, aducir en mi defensa que jamás obré por cálculo y que siempre fui llevado por sentimientos naturales y sinceros. ¿Cómo con estos sentimientos no acerté en tanto tiempo a producir mi dicha y la ajena?. Las gentes me observaban con sorpresa. Mi estancia en casa de Leonor sólo podía explicarse por una adhesión extrema, y mi indiferencia ante los lazos que ella parecía dispuesta a contraer desmentía esa adhesión. Se atribuyó mi tolerancia inexplicable a una ligereza de principios, a una despreocupación moral, que denotaban, según decían, un hombre profundamente egoísta y corrompido por el mundo. Estas conjeturas fueron acogidas y propagadas tanto más cuanto que se avenían muy bien con la clase de almas que iban concibiéndolas. Llegaron hasta mí las murmuraciones y me indigné ante el descubrimiento inesperado: mis largos servicios se me pagaban desconociéndome y calumniándome, se me condenaba, cuando por una mujer había olvidado todos mis intereses y rechazado todos los placeres de la vida.

Tuve una explicación viva con Leonor. Una sola palabra dispersó toda aquella turba de adoradores que ella había atraído simplemente para hacerme temer su pérdida. Redujo su sociedad a unas cuantas mujeres y a unos cuantos hombres de edad. Todo recobró en derredor

nuestro una apariencia normal, pero nuestra desgracia fue mayor: Leonor se creyó con más derechos, y yo me sentí cargado de más cadenas.

No sabré decir cuántas amarguras, cuántos furores resultaban de nuestras relaciones así complicadas. Vivíamos en tormenta perpetua; la intimidad perdió todos sus encantos y el amor toda su dulzura; no hubo entre nosotros ni siquiera esas reconciliaciones fugaces que parecen curar por algunos momentos heridas incurables. La verdad pareció clara por todas partes y yo empleaba para hacerme entender las expresiones más duras e implacables. Sólo podía contenerme cuando Leonor rompía en llanto y el mismo llanto aquél se convertía para mí en lava abrasadora que cayendo sobre mí corazón gota tras gota me arrancaba gritos y no conseguía arrancarme una rectificación. Más de una vez, en estas ocasiones, la vi erguirse pálida y profética: -Adolfo -exclamaba-, no sabes el daño que me haces, lo sabrás algún día y losabrás por mí, cuando me hayas precipitado en la tumba. -¡Desdichado!, ¿por qué no tuve fuerza, al oírla hablar así, para haber sido yo el que se precipitara el primero.

IX

Desde mi última entrevista con el barón de T... no había vuelto por su casa. Una mañana, recibí el billete siguiente:

"Los consejos que le di no merecían ausencia tan larga. Sea cualquiera la determinación que usted tome en el asunto que le incumbe, no por eso dejará usted de ser el hijo de mi más querido amigo, ni por eso he de tener menos gusto en tratarle y presentarle en una sociedad, la cual, me atrevo a prometérselo, habrá de serle grata. Permítame añadir que cuanto más extraño sea su género de vida, que no quiero ni remotamente desaprobar, tanto más le interesa aparecer entre la gente para desvanecer prevenciones, sin duda, mal fundadas."

Agradecí la indulgencia que me mostraba aquel hombre maduro y fui a verle. No se habló de Leonor. El Barón me retuvo a comer; aquel día sólo tenía a la mesa unos cuantos hombres bastante espirituales y bastante amables. Al pronto me sentí un poco cohibido, pero con un esfuerzo sobre mí mismo conseguí reanimarme y hablé; usé cuanto pude mis conocimientos y mi ingenio, y advertí que conseguía la aprobación de todos. Encontré en aquella especie de éxito una satisfacción de amor propio que desde hacía mucho tiempo no, gozaba: esta satisfacción me hizo más agradable la sociedad del barón T...

Multipliqué mis visitas a su casa. Me encargó algunos trabajos relativos a su misión, y uno a su juicio podían confiármese sin inconveniente. Leonor se, sorprendió al pronto de esta revolución en mi vida; pero le hablé de la amistad del Barón con mi padre y de la satisfacción que para mí suponía poder consolar a este último de mi ausencia haciéndole ver que me ocupaba en algo útil. La pobre Leonor -escribo esto ahora con una sensación de remordimiento- sintió alegría de verme más tranquilo y se resignó, sin lamentarse demasiado, a pasar separada de mí la mayor parte del día. El Barón, por su parte, me volvió a hablar de Leonor en cuanto hubo confianza entre nosotros. Yo tenía siempre la intención positiva de hablar bien de ella, pero, sin

darme cuenta, mi tono se hacía cada vez más ligero. Tan pronto daba a entender, por medio de máximas generales, que reconocía, convencido, la necesidad de separarme, de prescindir de ella; tan pronto recurría al humorismo y hablaba, bromeando, de las mujeres y de la dificultad de verse libre de ellas. Estos propósitos divertían al viejo ministro de alma gastada, también atormentado allá en su juventud por intrigas amorosas. Resultaba con esto que, teniendo siempre oculto mi verdadero sentimiento, engañaba más o menos a todo el mundo; engañaba a Leonor, porque sabiendo yo que el Barón quería alejarme de ella, lo callaba; engañaba al señor de T... haciéndole creer que estaba pronto a romper mis cadenas. Esta duplicidad era cosa bien ajena a mi carácter, pero el hombre se deprava en cuanto tiene que estar disimulando constantemente el menor pensamiento de su alma.

Hasta entonces no me había encontrado en casa del barón de T... más que con hombres que constituían su sociedad íntima. Un día quiso que me quedase a una gran fiesta que daba con motivo de su cumpleaños. -Conocerá usted aquí -me dijo- a las mujeres más bonitas de Polonia; verdad que no encontrará usted la que ama; lo siento muy de veras, pero hay mujeres a quienes no se trata más que en su casa. Esta frase me impresionó vivamente. Nada respondí, pero me reconvine interiormente por no defender a Leonor con la viveza con que lo hubiera hecho ella si alguien me hubiese atacado en presencia suya.

La concurrencia era grande: me examinaban con atención. Oí repetir en voz baja alrededor mío el nombre de mi padre, el de Leonor, el del con de P... Todos callaban al acercarme yo, y volvían a comenzar cuando me iba. Todos, sin duda alguna, referían mi historia cada cual a su modo; mi situación era insoportable, mi frente estaba cubierta de sudor frío. Tan pronto estaba rojo, tan pronto pálido.

Notó el Barón mi situación violenta. Se me acercó, redobló sus atenciones y cumplidos; buscó toda clase de pretextos para elogiarme y, gracias al ascendiente de su consideración, logró bien pronto que los demás me mostraran las mismas consideraciones.

Cuando todo el mundo se fué: -Quisiera -me dijo el conde P...- hablar otra vez con usted abiertamente. ¿Por qué prolonga usted una situación que le hace sufrir?. ¿Cree usted que alguien sale ganando con eso?. ¿Se figura usted que no sabemos todos lo que ocurre entre usted y Leonor?. Todo el mundo tiene noticias de la acritud y del descontento de ambos. Se perjudica usted por ser débil, y se perjudica usted, no menos, por ser duro, pues para colmo de inconsecuencia ni siquiera consigue usted hacer feliz a la mujer que le está haciendo a usted tan desgraciado.

Estaba yo resentido aún por el dolor que había tenido que soportar. El Barón me enseñó varias cartas de mi padre. Había en ellas una aflicción mucho más viva de lo que yo había supuesto; quedé quebrantado. A mi resolución se añadió la idea de que estaba prolongando la agitación de Leonor, y, por último, como si todo se hubiese reunido en contra suya, ella misma acabó de decidirme. Había estado ausente todo el día; el Barón me había retenido en su casa después de la reunión y era ya muy entrada la noche. Me entregaron en presencia del barón de T... una carta -de parte de Leonor. En los ojos de aquél vi una expresión de lástima para mi esclavitud. La carta de Leonor estaba llena de amargura. -¿Pero qué? -me dije- ¿Es que no podré pasar ni un día libre; no puedo respirar en paz una hora siquiera?. Me persigue por todas partes como un esclavo que ha de estar siempre a sus pies. -Mi violencia era mayor cuanto más débil me sentía. -Sí -exclamé-, me compro. meto a romper mi compromiso con Leonor. Puede usted desde ahora mismo participárselo a mi Padre.

Pronunciadas estas palabras me separé del Barón. Estaba oprimido por las palabras que acababa de pronunciar y apenas si creía en la promesa que acababa de hacerle.

Leonor me esperaba impaciente. Por no sé qué casualidad se había enterado en mi ausencia de los esfuerzos del barón de T... para separarme de ella; le habían referido todas las conversaciones entre él y yo, todas las bromas mías. Su desconfianza, despierta de este modo, relacionó vanas circunstancias que parecían confirmar sus sospechas:

mi repentina amistad con un hombre a quien hasta entonces nunca había visto, la intimidación de ese hombre con mi padre le parecían pruebas irrefutables.

Había progresado tanto su inquietud en pocas horas, que la encontré plenamente convencida de lo que llamaba perfidia.

Al llegar a su lado estaba decidido a decírselo todo, y al sentirme acosado por ella -¿lo creeréis? -me dediqué a encontrar evasivas. Llegué a negar, sí, negué aquel día mismo todo cuanto quería declararle al día siguiente.

Era tarde y la dejé sola. Me acosté lo antes posible para terminar aquel largo día, y al sentirle terminado, completamente -terminado, me pareció que me libraba de un peso enorme.

No me levanté al día siguiente hasta cerca del medio día, como si pudiese retener el momento fatal a fuerza de retardar el comienzo de la entrevista.

Leonor se había tranquilizado durante la noche, por sus propias reflexiones y por mis palabras de la víspera. Me habló de sus asuntos en un tono de confianza que anunciaba hartamente que consideraba nuestras existencias como indisolublemente unidas. ¿Dónde encontrar palabras que la hundiesen en la soledad?

El tiempo transcurría con rapidez espantosa. Cada minuto aumentaba la necesidad de una explicación. Había dado un plazo de tres días y el segundo estaba a punto de acabar, el señor de T... esperaba hasta el día siguiente lo más tarde. La carta para mi padre estaría ya en camino y yo iba a faltar a mi promesa sin haber hecho la menor tentativa para cumplirla. Todo se me volvía entrar y salir, coger la mano a Leonor, comenzar una frase que enseguida cortaba, contemplar la marcha del sol que se acercaba al horizonte. La noche volvió y descansé de nuevo. Me quedaba todo un día y con unas horas me bastaba.

Este día pasó como la víspera. Escribí al señor de T... pidiéndole más tiempo, y, como es corriente en los caracteres débiles, acumulé en mi carta toda clase de razonamientos para justificar mi retraso, para

demostrarle que en nada cambiaba mi resolución, y que desde aquel mismo instante podía considerar como rotos para siempre mis lazos con Leonor.

X

Pasé los días siguientes más tranquilo. Había retrasado indefinidamente la necesidad de decidir. Y ya no me perseguía como un espectro. Creía que con tiempo por delante podría preparar a Leonor. Quería estar con ella más dulce, más tierno, a fin de que nos quedara por lo menos un recuerdo amistoso. Mi turbación era diferente de la que había sentido hasta entonces. Había pedido al cielo siempre que surgiera entre Leonor y yo un obstáculo infranqueable. Presente ya el obstáculo miraba a Leonor como algo ya perdido. Lo que tantas veces me había parecido insoportable no me espantaba ya; me sentía emancipado de antemano, cedía a las circunstancias libremente, y no me atormentaba aquella rebeldía interior que en otro tiempo me ponía en guerra contra todo. Ya no estaba impaciente; muy al contrario sentía un deseo secreto de retardar el funesto momento.

No pasó inadvertida para Leonor esta disposición más afectuosa y más sensible: ella misma se hizo menos amarga. Yo buscaba las conversaciones que antes rehuía; gozaba, escuchando sus palabras de amor, que, importunas otras veces, me parecían ahora preciosas pensando que tal vez pudieran ser las últimas.

Una tarde nos separamos después de una conversación más dulce que de costumbre. Mi secreto me entristecía, pero mi tristeza no tenía nada de violenta. Como no había fijado la fecha de la separación, me aprovechaba de esta circunstancia para no pensar en ella. Por la noche oí en el castillo un ruido inusitado. Fue breve y no le di importancia; por la mañana, sin embargo, me vino el recuerdo de aquello, y, queriendo saber de qué se trataba, me encaminé hacia el cuarto de Leonor. Cuál no sería mi asombro al oír que desde las doce de la noche estaba con fiebre ardiente, que el médico, llamado por la servidumbre, había declarado en peligro su vida, y que ella había ordenado imperiosamente que no me advirtiesen de nada y que no me dejasen llegar al lado suyo.

Quise insistir. El médico en persona salió para exponerme la necesidad de evitarle toda emoción. Ignoraba los motivos de Leonor para prohibir que me acercara y los atribuía al deseo de no alarmarme. Angustiado pregunté a los criados de Leonor para saber qué causa hubiese podido llevarle tan repentinamente a tal peligro. El día anterior, después de habernos separado, recibió una carta de Varsovia, traída por un hombre a caballo. Se había desmayado al leerla y cuando volvió en sí se había dejado caer sobre la cama sin abrir los labios. Una de sus doncellas, inquieta al verla agitadísima, había pasado la noche a su lado vigilándola; a eso de media noche vió a Leonor sobrecogida por un temblor que sacudía la cama con violencia; la doncella quiso llamarme, pero Leonor se opuso con tal terror, que la mujer no se atrevió a desobedecerla. Habían. enviado por un médico. Leonor se negó a contestar y seguía negándose; había pasado la noche pronunciando palabras entrecortadas que nadie había podido comprender, llevándose con frecuencia el pañuelo a la boca como para impedirse hablar.

Cuando me estaban dando todos estos detalles, la doncella que estaba al lado de Leonor llegó asustadísima. Leonor parecía haber perdido la razón, no distinguía nada de cuanto la rodeaba, gritaba algunas veces y repetía mi nombre; después hacía señas con la mano, espantada, para que se llevasen lejos algo odioso.

Entré en su cuarto. Al pie de la cama había dos cartas, una la mía al barón de T... otra del mismo a Leonor. Harto comprendí la clave de aquel enigma horrendo. Mis esfuerzos para obtener un plazo que consagrar a los últimos adioses, se habían vuelto de aquel modo contra la desdichada, a quien yo quería aliviar a toda costa. Leonor había leído, escritas por mi mano las promesas de abandonarla, cuando en rigor si yo las había escrito, si las había repetido y desarrollado de mil modos había sido simplemente por el deseo de permanecer más tiempo junto a ella. La mirada indiferente del señor de T..., había distinguido con facilidad que aquellas seguridades mías, reiteradas en cada línea, eran un ardid para encubrir mi incertidumbre; pero el

cruel había calculado con sobrada exactitud que Leonor vería en todo ello una sentencia irrevocable. Me acerqué a ella, me miró, sin reconocerme. Hablé: se estremeció. -¿Qué ruido es ese? -gritó-; esa es la voz que me ha hecho daño. -El médico observó que mi presencia aumentaba su delirio y me mandó que me alejara ¿Cómo expresar lo que sentí en aquellas tres largas horas. Salió por fin el médico. Leonor había caído en un sopor profundo; si despertaba del sopor con menos fiebre, quedarían esperanzas de salvarla.

Leonor durmió largo tiempo. Cuando la supe despierta, le escribí pidiéndole que me recibiera. Me mandó recado de que entrase. Quise hablarla y me interrumpió: -Que no oiga yo de ti -me dijo- ninguna palabra cruel. No reclamo nada, no me opongo a nada; que esa voz que he amado tanto, que esa voz que llegaba hasta el fondo de mi alma, no llegue ahora para desgarrármela.

¡Adolfo, Adolfo, he sido violenta, he podido ofenderte, pero no sabes tú lo que he sufrido! ¡Quiera Dios que no lo sepas nunca! Su agitación se hizo extrema. Descansó su frente sobre mi mano, estaba ardiendo una contracción terrible desfiguraba sus facciones. -Por el cielo -exclamé- Leonor querida, escúchame: soy yo el culpable, sí; esa carta... -Se estremeció y quiso alejarse: la detuve. -Débil atormentado -continué-, pude ceder por un momento a crueles insistencias, pero, ¿no tienes tú mil pruebas de que no puedo querer que nada nos separe?. He sido injusto, desgraciado, descontentadizo; tú misma, acaso, oponiéndote con demasiada violencia a mi imaginación rebelde, has conseguido que diese yo importancia a veleidades pasajeras que hoy desprecio, pero, ¿puedes dudar de que mi cariño es profundo?. ¿No están unidas nuestras almas una a otra por mil lazos que nada puede romper?. ¿No tenemos un pasado común?. ¿Hay un solo momento en estos tres últimos años que no esté lleno de impresiones que hemos sentido juntos, de placeres gozados por los dos, de penas compartidas?. Leonor, comencemos desde hoy una época nueva, recordemos las horas de dicha y de amor. -Me miró un instante dudando. - No podrás -replicó al fin-, tus deberes, tu familia, todo lo que esperan de

ti... -Sin duda -respondí-, pero alguna vez, algún día quizá... -Notó que titubeaba. -¡Dios mío! -exclamó- ¿para qué me has vuelto a la esperanza si habías de quitármela tan pronto?. Adolfo, te agradezco tus esfuerzos que me hacen mucho bien, tanto más cuanto que no te costarán ningún sacrificio, me parece, pero no hablemos del porvenir, te lo suplico... no te creas culpable, de nada, ocurra lo que ocurra. Has sido bueno para mí, quise lo que no era posible. El amor era toda mi vida, no podía ser toda la tuya. Cuídame ahora unos cuantos días nada más. Corrieron lágrimas abundantes de sus ojos, su respiración se hizo menos angustiada; apoyó su cabeza en mi hombro. -Siempre he deseado morir aquí -dijo-. La estreché contra mi corazón, renegué otra vez de mis proyectos, reprobé mis furias crueles. -No -repuso ella-, es necesario que seas libre y feliz. -¿Podré serlo si eres tú desgraciada?. -No seré desgraciada mucho tiempo; no tendrás que compadecerme muchas veces. -Rechacé lejos de mí los temores que quería suponer quiméricos. -No, no, Adolfo querido -respondió-, cuando hemos llamado a la muerte tantas veces, el cielo al fin envía no sé qué presentimiento infalible para advertirnos de que han sido atendidos nuestros ruegos. -Juré que no la abandonaré jamás. -Siempre lo he esperado, ahora estoy segura.

Era uno de esos días de invierno en que el sol parece iluminar el campo tristemente como si tuviese lástima de la tierra que ha dejado de calentar. Leonor me propuso que saliésemos. -Hace mucho frío -le dije. -No importa, quisiera pasear contigo. -Se cogió de mi brazo; salimos; anduvimos largo rato sin hablar; caminaba trabajosamente, y se inclinaba sobre mí. -Detengámonos un momento. -No -respondió-, me gusta sentirme aún sostenida por ti. -Volvimos a caer en silencio. El cielo estaba sereno, los árboles sin hojas, no agitaba el aire el menor soplo, ningún pájaro lo cruzaba, todo estaba inmóvil, no se oía mas ruido que el de la hierba helada rompiéndose a nuestro paso. -¡Qué en calma está todo! -me dijo Leonor -¡Cómo se resigna la naturaleza!. ¿No debe resignarse también el corazón?. -Se sentó en una piedra; de pronto se puso de rodillas y, bajando la cabeza, la apoyó en sus dos

manos; oí algunas palabras >en voz baja; comprendí que rezaba. Por fin levantándole: -Vamos -dijo- tengo frío, tengo miedo de ponerme mala. No me digas nada, no estoy en estado de oírte.

A partir de este día vi a Leonor debilitarse y perecer; de todas partes traje médicos; unos declaraban que el mal no tenía remedio, otros me arrullaban con esperanzas vanas, pero la naturaleza, sombría y silenciosa, prosiguió con brazo invisible su implacable labor. Había momentos en que Leonor parecía recobrar vida. Se hubiese dicho a veces que la mano de hierro que pesaba sobre ella se había retirado. Incorporaba su cabeza desmayada, sus mejillas se cubrían de color algo más vivo, sus ojos se animaban, pero de pronto, por el juego cruel de una potencia incógnita, cesaba la mejoría falaz sin que el arte pudiese adivinar la causa. De este modo la vi avanzar hacia la destrucción paso a paso, vi como se grababan en aquel rostro tan expresivo y noble las señales anunciadoras de la muerte. Vi, espectáculo deplorable y humillante, cómo repercutía en su carácter valeroso y enérgico el sufrimiento físico con mil impresiones confusas e incoherentes, como si el alma, cohibida por el cuerpo en aquellos terribles momentos, se metamorfosease en todos sentidos para adaptarse menos penosamente a la degradación del organismo.

Sólo un sentimiento, su ternura hacia mí, no varió nunca en el corazón de Leonor. No podía hablarme apenas por su debilidad, pero fijaba en mí sus ojos en silencio, y me parecía entonces que su mirada me pedía la vida que no podía darle. Temía causarle emoción violenta, inventaba pretextos para salir: recorría entonces, al azar, los lugares en donde había estado con ella; regaba con mi llanto las piedras, el pie de los árboles, todos los objetos que me traían su recuerdo.

No era pena de amor, era un sentimiento más sombrío y más triste: el amor se identifica de tal modo con el objeto amado que hasta en la desesperación encuentra algún encanto. Lucha contra la realidad, contra el destino; confía en sus fuerzas engañado por la vehemencia del deseo y encuentra exaltación en medio de la pena. La mía era taciturna y solitaria; no esperaba morir con Leonor; iba a vivir sin

ella en ese desierto del mundo que tantas veces había deseado recorrer independiente. Había destrozado yo mismo el ser que me quería; había destrozado un corazón compañero del mío, un corazón lleno para mí de ternura y de devoción infatigable. Sentía ya la soledad. Leonor respiraba aún, pero ya no podía confiarle mis pensamientos, ya estaba solo, en la tierra; no vivía ya en aquella atmósfera de amor que ella formaba en torno mío, el aire que respiraba me parecía más inclemente, más indiferente la expresión de los hombres que encontraba; la naturaleza toda parecía decirme que iba a dejar de ser amada para siempre.

La gravedad de Leonor se hizo de pronto más inminente; síntomas indudables anunciaron su fin próximo; un sacerdote de su religión se lo comunicó; ella me suplicó que le llevase una caja que contenía muchos papeles; me hizo que quemase varios delante de ella pero buscaba uno sin poderlo encontrar, y se impacientó hasta el extremo. Le rogué que interrumpiese aquella tarea que la agitaba y que por dos veces le produjo un desvanecimiento. -Consiento -me respondió- pero no me niegues una súplica, Adolfo querido. Entre mis papeles, no sé donde, encontrará una carta dirigida a ti; quémala sin leerla, júramelo, por nuestro amor, por éstos últimos momentos que has sabido endulzarme. Se lo prometí, quedó tranquila. -Mírame ahora -dijo-, que cumpla los deberes de mi religión: son muchas las faltas que tengo que expiar mi amor por ti fue tal vez una falta no lo creería así a pesar de todo, si mi amor hubiese conseguido hacerte feliz.

Salí del cuarto y no volví sino con todos los demás para asistir a las últimas y solemnes oraciones; de rodillas en un rincón del cuarto, tan pronto me abismaba en mis pensamientos, tan pronto, contemplaba con involuntaria curiosidad todos aquellos hombres reunidos, viendo el terror en unos, la distracción en otros, y en otros ese efecto singular de indiferencia que introduce la costumbre en todas las prácticas prescritas, y que lleva a considerar la ceremonia más inefable y más terrible como convencionalismo y pura fórmula; oía a todos aquellos hombres repetir maquinalmente las palabras fúnebres como

si no tuvieran que ser actores algún día en una escena semejante, como si no tuvieran que morir también algún día. Lejos de mí, sin embargo, desdeñar estas prácticas; y alguna que el hombre en su ignorancia se atreva a proclamar inútil?. Ellas devolvían la calma a Leonor la ayudaban a franquear ese paso terrible hacia el cual todos caminamos sin que nadie pueda prever lo que habrá de experimentar entonces. No me sorprende que los hombres tengan necesidad de religión, lo que me asombra es que puedan nunca creerse tan suficientemente fuertes, tan al abrigo del infortunio, que se atrevan a rechazar una; me parece más bien que, en su debilidad, debieran inclinarse a invocarlas todas. ¿Podemos rechazar así una, luz en medio de la noche densa que nos rodea?. ¿Podemos dejar de asirnos a una rama cuando nos arrastra el torrente?

Leonor pareció quedar fatigada por la impresión de solemnidad tan lúgubre. Se adormeció pacíficamente y se despertó sufriendo menos. Estaba yo solo en el cuarto, nos hablábamos de cuando en cuando, a grandes intervalos. El médico, que había dejado más, habilidad en sus conjeturas, me había predicho que no viviría más de veinticuatro horas: a cada, momento miraba, yo un reloj que marcaba las horas y el rostro de Leonor, en el que no advertía ningún cambio. A cada minuto que pasaba se reanimaban mis esperanzas y llegaba a poner en duda el presagio de un arte falaz; de pronto se irguió con arranque súbito; mis brazos la contuvieron, un temblor convulso agitaba todo su cuerpo; sus ojos me buscaban, pero en sus ojos había un espanto vago como si pidiese clemencia a no sé qué visión amenazadora que escapaba a mi vista; se incorporaba y de nuevo volvía a caer, se veía que trataba de huir, parecía que luchaba contra un poder físico invisible que, cansado ya de esperar el momento funesto, se había apoderado de ella y la retenía para exterminarla sobre aquel lecho de muerte. Leonor cedió por fin al encarnizamiento de la naturaleza enemiga, sus miembros se aflojaron; pareció que recobraba el conocimiento un poco: me estrechó la mano, quiso llorar y no tenía ya lágrimas, quiso hablar y ya no, tenía voz; resignada dejó caer la cabeza sobre mi brazo

que la sostenía; su respiración se hizo más lenta; pocos momentos después no existía.

Permanecí inmóvil durante mucho tiempo, ante, Leonor sin vida. Mi alma no acababa de convencerse de su muerte. Contemplaba aquel cuerpo inanimado con asombro estúpido. Una de sus doncellas que entró fue por toda la casa comunicando la siniestra noticia; el ruido que hicieron en derredor mío me sacó de mi estado letárgico: -me incorporé; fue entonces cuando sentí el dolor desgarrador y el horror todo del adiós sin remedio. El movimiento, la actividad de la vida vulgar, tanto cuidado y agitación que no la concernían disiparon la ilusión que yo prolongaba la ilusión de que Leonor seguía viviendo a mi lado. Sentí que el último lazo se rompía y que la espantosa realidad se ponía para siempre entre ella y yo. ¡Cómo me pesaba aquella libertad que tanto había deseado! ¡Cuanto faltaba en mi corazón la dependencia que tantas veces me había sublevado!. Antes, mis acciones todas tenían un objeto; tenía la seguridad de que cada una de ellas ahorraría una pena o produciría un placer. Me quejaba yo entonces; me impacientaba que una mirada amiga escudriñase mis palabras, que la dicha de otro estuviese pendiente de ellas. Ahora nadie las observaba; a nadie interesaban, nadie me disputaba mi tiempo ni mis horas, ninguna voz me llamaba si salía; era libre en efecto y ya nadie me amaba, era un extraño para todos.

Me trajeron todos los papeles de Leonor conforme había ordenado; a cada línea encontraba nuevos testimonios de su amor, nuevos sacrificios que había hecho por mi y me había ocultado; por último, encontré la carta que había prometido quemar. En el primer momento no la reconocí; estaba sin dirección y abierta; algunas palabras llamaron mi atención, a pesar mío, traté de separar la vista de ellas, pero en vano, no pude resistir a la necesidad de leerla por completo. No tengo valor para transcribirla. Leonor la había escrito después de una de las escenas violentas que habían precedido a su enfermedad; "Adolfo -decía- ¿por qué te ensañas tanto conmigo?. ¿Cuál es mi delito?. Amarte y no poder vivir sin ti. ¿Qué piedad extraña es la tuya, que no

te atreves a romper un lazo que te ahoga y desgarras y destrozadas al ser infortunado a quien por piedad no abandonas?. ¿Por qué me niegas el triste placer de creerte siquiera generoso?. ¿Por qué te me presentas débil y colérico?. ¿La idea de mi dolor te persigue y el espectáculo de mi dolor no basta para detenerte?. ¿Qué quieres de mí?. ¿Que te abandone?. ¿No ves que me falta fuerza para ello?. ¡Ah!, no... tú no me quieres, tú eres el que debes encontrarla en tu corazón ya cansado de mí, en ese corazón que no ha sabido rendirse a tanto amor. Tú no podrás darme fuerzas lograrás que me extenúe llorando y lograrás que muera a tus pies. Di una, palabra -escribía más allá-. ¿Puede haber un país donde yo no te siga?. ¿Puede haber un rincón donde yo no me esconda para vivir cerca de ti sin que sea una carga en tu vida?. Pero no, tú no quieres. Todos los proyectos que propongo tímida y temblorosa, pues me tienes helada de espanto, todos los rechazas con impaciencia. Todo lo más y mejor que logro es tu silencio. No va bien a tu carácter esa dureza. Tú eres bueno, tus acciones son nobles y abnegadas: pero ¿qué acciones harían falta para borrar tus palabras?. Resueñan todavía en mí, aceradas; las escucho en la noche; me persiguen, me devoran, marchitan cuanto haces. ¿Necesito morir, Adolfo?. Pues bien, quedarás satisfecho: moriré, yo, pobre criatura a la que has protegido, pero a la que lastimas golpe tras golpe. Morirá esta Leonor importuna que no puedes soportar a tu lado que miras como un estorbo, por culpa de la cual no encuentras en la tierra ni un solo lugar que no te canse- moriré; irás sólo entre la multitud, con la cual tienes tanta impaciencia de mezclarte; conocerás esos hombres a quienes tanto agradeces hoy que sean indiferentes; y algún día quizá, lastimado por esos corazones áridos, echarás de menos este corazón que estaba a merced tuya, que vivía de tu afecto, que hubiese desafiado mil peligros para defenderte y al que no te dignas recompensar ya ni con una mirada."

CARTA AL EDITOR

Devuelvo a usted, señor mío, el manuscrito que ha tenido la bondad de confiarme. Le agradezco su amabilidad, aunque haya despertado en mí tristes recuerdos que el tiempo había borrado, he conocido a la mayor parte de las personas que figuran en esta historia, harto cierta. Me visto, a menudo, al extraño y desgraciado Adolfo, autor y a la vez héroe de ella, y traté de separar con mis consejos a la encantadora Leonor, digna de una suerte más dulce y de un corazón más fiel, del ser perturbador, tan mísero como ella que dominaba con no sé que suerte el hechizo y la desgarraba con su debilidad. ¡Ay, la última vez que la he visto creí haberle dado fuerza, haber armado, su razón contra su sentimiento! Al cabo de una larga ausencia volví a los lugares en que la había dejado y no encontré más que un sepulcro.

Debiera usted, señor mío, publicar esta anécdota; a nadie puede ya ofender, y a juicio mío no está desprovista de provecho. La desgracia de Leonor prueba que ni el sentimiento más apasionado puede luchar contra el orden de las cosas. La sociedad es demasiado poderosa, se reproduce bajo toda clase de formas y llena de amargura los amores que ella no ha sancionado. Favorece esa predisposición nuestra a la inconstancia y a la fatiga impaciente, enfermedades que a veces se apoderan súbitamente del alma en el seno mismo de la intimidad. Los indiferentes muestran un apresuramiento, maravilloso para mortificar en nombre de la moral y para hacer daño en nombre de la virtud. Dijérase; que les importuna ver cariño porque son, incapaces de él, y, cuando pueden valerse de un pretexto, se gozan en atacarlo y destruirlo. Desdichada la mujer que descansa en un sentimiento que todo se reúne para emponzoñar y contra el cual, si la sociedad no se ve obligada a respetarlo como legítimo, recurre a lo que hay peor en nuestro corazón para desalentar lo que en él pueda haber de bueno. El ejemplo de Adolfo no será menos instructivo si añade usted que después de haber rechazado al ser que amaba no vivió me-

nos inquieto, menos agitado, ni menos descontento; que no utilizó de ninguna manera la libertad reconquistada a costa de tantos dolores y de tantas lágrimas, y que al hacerse digno de censura se hizo también digno de lástima.

Si necesitase usted pruebas de esto, señor mío, lea esas cartas que le informarán de la suerte de Adolfo, le verá usted en trances diversos, pero siempre víctima de esa mezcla de egoísmo y de sensibilidad que en él se combinaba para desgracia suya y ajena; previendo el mal antes de hacerlo, retrocediendo con desesperación después de haberle hecho, castigado por sus cualidades más aún que por sus defectos, debido a que sus cualidades nacían de sus emociones y no de sus principios; el más abnegado y al mismo tiempo el más duro de los hombres, terminando siempre con dureza lo que había comenzado con abnegación, y consiguiendo con esto que no quedaran más huellas que las de sus errores.

Benjamin Constant.

CONTESTACIÓN

Sí, publicaré, señor mío, el manuscrito que usted me devuelve - no porque crea como usted que puede ser útil; nadie aprende en este mando más que a su propia costa, y las mujeres que hayan de leerlo se figurarán todas o que su elegido es un hombre mejor que Adolfo, o que ellas valen más que Leonor-, pero lo publicaré por ser una historia bastante verdadera de la miseria del corazón humano. Si alguna lección hay en ella, a los hombres concierne; prueba que este entendimiento de que estamos tan orgullosos no sirve para hallar la felicidad ni para darla, prueba que el carácter, la firmeza, la fidelidad, la bondad son dones que debemos pedir al cielo; y no llamo bondad a esa compasión pasajera que no sirve para dominar la impaciencia ni le impide abrir de nuevo la herida que acaba de cerrar con un poco de arrepentimiento. El gran problema de la vida es el del gran dolor que causamos, y no basta la metafísica más ingeniosa para justificar al hombre que ha desgarrado el corazón que le amaba. Odio, además, la fatuidad de esos espíritus que se figuran que explicar es disculpar, odio la vanidad, que se ocupa de sí misma relatando el mal que ha hecho y que tiene la pretensión de hacerse compadecer por el solo hecho de describirse, impasibles en medio de las ruinas se analizan en vez de arrepentirse. Odio la flaqueza que culpa siempre a los demás de la impaciencia propia, sin ver que el mal está en sí misma y no en lo que la rodea. Habría adivinado por mí mismo que Adolfo ha encontrado en su propio carácter el castigo; que no ha seguido ninguna ruta fija ni acabado ninguna carrera, que ha consumido sus facultades sin más dirección que su capricho, sin más fuerza que la irritación, habría, digo, adivinado todo esto, aun cuando usted no me hubiera comunicado tanto detalle nuevo acerca de su suerte, detalles que aun ignoro si utilizaré por fin de algún modo. Las circunstancias son poca cosa; el carácter lo es todo. En vano romperemos con los objetos y los seres exteriores si no sabemos romper con nosotros mismos. Cambia

la situación, pero en todas ellas encontramos el tormento de que pensábamos librarnos y como nada adelantamos con cambiarnos de sitio, resulta sólo que añadimos remordimientos a las penas, y faltas a los sufrimientos.

**G. Martínez
Sierra.**